

20 Abril 77.

19029

**EL TEATRO.**

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

---

# ¡FLOR DE UN DIA!

DRAMA ORIGINAL EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS,

FOR

**DON FRANCISCO CAMPRDON.**

—  
VIGÉSIMA EDICION.  
—

339

**MADRID.**

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.-40.-2.<sup>o</sup>

—  
1877.

L47 - 6938

AUMENTO A LA ADICION DE 1.º DE MAYO DE 1876.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
<b>COMEDIAS Y DRAMAS.</b>			
A Filadelfia.....	1	D. J. Estrañi.....	Todo.
Dos hijos.....	1	J. Fernz Bremon...	»
Echar la llave.....	1	Miguel Echegaray...	»
El ahorro.....	1	Cárlos Frontaura...	»
El Conde Patricio.....	1	F. Sanchez Castilla..	»
El doctor Escamilla.....	1	J. Moreno Liaño....	»
El gladiador de Rávena.....	1	J. Echegaray.....	»
El matador de Vallecas.....	1	Manuel F. Vallejo...	»
En la misma moneda.....	1	José Jackson Veyan.	»
Falsos testimonios.....	1	J. Estrem. <sup>a</sup> y Cuenca.	»
Iris de paz.....	1	José Echegaray....	»
La Castanyada.....	1	E. Vidal.....	»
La lucha de la codicia.....	1	A. E. Madan y García	»
Las sábanas del cura.....	1	Enrique Gaspar....	»
Lo diable son las doras.....	1	E. Vidal.....	»
Ni se empieza ni se acaba.....	1	S. M. Granés.....	»
Nubes de verauo.....	1	Cárlos Trigo.....	»
Un quadro ó la barca de San Pere.....	1	E. Vidal.....	»
Por un telégrama.....	1	José Jackson Veyan..	»
Una casa de préstamos.....	1	José Jakeson Veyan.	»
Un zapatero de viejo.....	1	Eugenio Rubí.....	»
La pau de casa.....	2	E. Vidal.....	»
La nodriza.....	2	Enrique Gaspar....	»
Nadie es profeta en su tierra.....	2	J. Moreno Liaño....	»
Por recoger una herencia.....	2	Gaspar Thous y Orts..	»
Como empieza y como acaba.....	3	J. Echegaray.....	r
El número tres.....	3	Miguel Echegaray...	»
L'art de la bruixeria.....	3	E. Vidal.....	»
Ó locura ó santidad.....	3	J. Echegaray.....	»
Pepe Carranza.....	3	Cárlos Frontaura....	»
Pilatos.....	3	José Zorrilla.....	»
El fruto vedado.....	3	F. Sanchez de Castro.	»
Luchas de amor.....	3	M. Catalina.....	»
Madamas y Lechuguinos.....	3	R. Puente y Crañas..	»
Valiente noche de Reyes.....	3	M. Flores.....	»
Vanitas vanitatum.....	3	M Echegaray.....	»
El ángel malo.....	4	Juan Belza.....	»

# ¡FLOR DE UN DIA!

DRAMA ORIGINAL

EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS,

POR

**DON FRANCISCO CAMPRDON.**

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL en Febrero  
de 1851.

---

VIGÉSIMA EDICION.

---

*José Rodríguez*

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.  
1877.

55-6<sup>a</sup>

*La propiedad de este drama, la del de*

Espinas de una flor.                      Una ráfaga.  
Libertinaje y pasión.                      Asirse de un cabello.

*y la del libreto de las zarzuelas*

El Dominó azul.	Un pleito.
Los Diamantes de la Corona.	Beltran el aventurero.
Tres para una.	Un Cocinero.
Guerra á muerte.	¡Quien manda manda!!
El Vizconde.	El diablo las carga.
El Diablo en el poder.	El zapatero y el banquero.
El Lancero.	El gran bandido.
Juan Lanas.	Del palacio á la taberna.
El relámpago.	Los dos mellizos.
Una vieja.	Los suicidas.
Una niña.	Marina.
La Jardinera.	Galatea.
Por conquista.	El pan de la boda.

*pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.*

*Los corresponsales de la galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.*

*Ruiz de Alarcón y los 26*

Al Sr. D. José Safont,

Como prenda de cariño de su afectí-  
simo sobrino

S. Campredon.

PERSONAJES.

ACTORES.

EL BARON DE ESPINOSA, de 65 años.....	D. ANTONIO DE GUZMAN.
LOLA, su hija.....	D. <sup>a</sup> TEODORA LAMADRID.
JUANA, aya de Lola.....	D. <sup>a</sup> CONCEPCION SAMANIEGO.
D. DIEGO CARVAJAL.....	D. JOSÉ VALERO.
JUAN (negro), criado de Diego....	D. JOSÉ CALVO.
EL MARQUÉS DE MONTERO....	D. MANUEL OSSORIO.
EL CAPITAN DE UN BUQUE....	D. LÁZARO PEREZ.
RUIZ.....	D. CALIXTO BOLDUN.
CISNEROS.....	D. BERNARDO LLORENS.
AGUILAR.....	D. ANTONIO ALVERÁ.
MENDOZA.....	D. JUAN FABIAN.

Caballeros y señoras.—Un criado.

---

---

## PRÓLOGO.

El teatro representa una sala en casa del Barón de Espinosa.—Puerta en el centro que comunica con el exterior.—El Barón estará sentado en un sillón, apoyado en su bastón: Lola copiando un paisaje en una mesa de estudio, que vendrá terciada, á la derecha del espectador.

## ESCENA PRIMERA.

EL BARÓN y LOLA.

- LOLA. Bello país debe ser  
el de América, papá.
- BARÓN. ¿Te gustaría ir allá?
- LOLA. Tendría mucho placer:  
no me canso de admirar  
estos árboles gigantes,  
que parecen arrogantes  
las nubes desafiar.  
Aquí no los hay, verdad,  
de esos inmensos tamaños?
- BARÓN. Esos cuentan tantos años

como la tierra de edad.  
Árboles plantados son  
por la mano de Dios mismo,  
y páginas del bautismo  
guardan de la creación.  
En mi juventud ví yo  
aquellos bosques cubiertos,  
en cuyos senos desiertos  
jamás el sol penetró;  
donde los humildes tilos  
con los sehivos se enlazan,  
y en sus cóncavos se cazan  
panteras y cocodrilos.

LOLA. ¡Ay qué miedo! y te atrevías...

BARON. ¿Á qué, á cazar? No, hija, no,

jamás antojo me dió  
de ir á tales cacerías:

es cosa muy indiscreta,

y en esa caza atrevida  
cuesta al cazador la vida

la falta de su escopeta.

El que tenía locura

era el padre de don Diego;

¡oh! cuando él hacía fuego

era cabeza segura.

No; y á corazón entero

el hijo no le va en zaga,

y que él te quiere me halaga,

porque es todo un caballero.

Á galante y generoso

nadie le gana: de fijo

será para mí un buen hijo

y para tí un buen esposo.

¿Verdad que le querrás mucho?

LOLA. ¿No lo dice, padre mio,

el amante desvarío

con que extasiada le escucho?

Hallo en su voz cierto son

de ternura y sentimiento,

que hace vibrar con su acento

las fibras del corazón.

Su presencia me domina

y me miro extasiada  
en su fogosa mirada  
que me absorbe y me fascina;  
y al oírle enamorado,  
me dice, padre, mi anhelo,  
que hay en este mundo un cielo  
cuando le tengo á mi lado.

BARON. Es natural, hija mia,  
es tu primera impresion:  
quiera Dios que esta ilusion  
te dure hasta el postrer dia;  
y en sueño tan seductor  
nunca el mundo te despierte,  
y halles, hermosa, en tu mente  
una lágrima de amor.  
¡Qué cosa tan deliciosa  
fuera, Lola, la existencia  
si durara la vehemencia  
de esa pasion ten hermosa!

Mas ya que Dios no lo quiso,  
bendígamos su cuidado,  
pues dejóle al desterrado  
una hoja del paraíso.

LOLA. ¿Crees pueda apagarse  
esta pasion algun dia?

BARON. Puede muy bien, hija mia,  
si no extinguirse, olvidarse.

¿Has visto la tempestad  
tronchar robles en el monte  
y cubrir el horizonte  
con su densa oscuridad;

y las aguas del torrente  
inundando la llanura,  
y al otro dia fulgura  
la luz de un sol refulgente?

En el perdido sembrado  
se siembra el año que viene,  
y todo en el mundo tiene  
su declive prefijado:

mas si de un amor feliz  
el recuerdo nos aqueja,  
aunque se olvida, nos deja

siempre alguna cicatriz,  
y cuando tras largos años  
en ella el dedo se esconde,  
esa cicatriz responde  
con sentimientos extraños.  
Se siente un algo perdido;  
un algo que ya no se halla,  
y es el alma que batalla  
entre recuerdos y olvidos;  
y aquel recuerdo sagrado  
es la lámpara escondida  
que ilumina el alma herida  
con la luz de un bien pasado.

Si de ese amor, que es tu bien,  
sabes guardar la ilusion,  
en tu propio corazon  
hallarás, Lola, un eden.  
Mas si esa ilusion se trunca,  
busca en el olvido calma,  
porque las flores del alma,  
si se van no vuelven nunca.

LOLA. Hoy que me ves tan dichosa,  
¿por qué me alliges, papá?  
¿Crees que no durará  
esta ilusion tan hermosa?

BARON. Hoy que eres feliz, querida,  
aunque á tu gusto no cuadre,  
debe enseñarte tu padre  
los abrojos de la vida.  
Y yo, que ya me encamino  
de mi existencia al ocaso,  
quiero enseñarte el mal paso  
que hay quizás en tu camino.  
Si tu corazon es fiel  
de Diego al amor profundo,  
ámale, Lola, y el mundo  
concéntralo siempre en él. (Levantándose.)  
Hay algunas almas bellas  
que quieren una vez sóla:  
no lo olvides nunca, Lola,  
la de Diego es una de ellas.

(Váse el Baron por la puerta interior.)

## ESCENA II.

LOLA.

¿Por qué se ha de apagar? ¿Acaso el cielo  
ha arrojado la flor de los amores,  
como un triste presagio de congoja  
y amargo desconsuelo,  
para verla morir, hoja tras hoja,  
cual pobre adelfa que ha tirado el hielo?  
Este latir del corazón amante,  
que dilata su fibra estremecida,  
¿no dice, palpitante,  
que es este amor el fuego de la vida?  
El sol del firmamento,  
cuando inunda de luz el alma mía,  
¿no dice acaso, con brillante acento  
que entre el amor y el cielo hay simpatía?

## ESCENA III.

LOLA y JUANA.

JUANA. (Saliendo con un rollo de dibujos en la mano.)  
Señorita.

LOLA. ¿Qué hay?

JUANA. El negro  
que es de don Diego el criado,  
estos dibujos me ha dado.

LOLA. (Tomándolos y dejándolos sobre la mesa.)  
¿Está aún aquí?

JUANA. Sí.

LOLA. Me alegro,  
quiere tanto á su señor...

JUANA. Y en estando enamorada  
nada satisface... nada...

LOLA. Como hablar de nuestro amor.

Juana, ¿no te alegras tú  
de que Diego me ame así?

JUANA. Más que si me diera á mí

todo el oro del Perú.  
Al mirar la dicha escrita  
en esos ojos tan bellos,  
¿quereis que no goce en ellos  
quien os crió, señorita?

LOLA. Por eso te lo pregunto,  
porque con tu mimo cuento.  
Haz que entre Juan al momento.  
JUANA. Voy, señora, voy al punto.

#### ESCENA IV.

JUAN y LOLA.

JUAN. Buenos dias, señorita.  
LOLA. Adios, Juan; ¿y mi Diego?  
JUAN. Me ha dicho que vendrá luégo  
á ponerse á vuestros piés.  
LOLA. En lo galante y cumplido  
con que traes el recado,  
pronto conocer es dado  
el amo tuyo quiéa es.  
JUAN. Mi amo, señora, es un ángel  
con toda el alma de un bravo.  
LOLA. Dime, Juan, eres su esclavo?  
JUAN. No los tiene mi señor;  
pero por él, sin pensarlo,  
hasta la vida daría:  
le quiero por su hidalguía,  
le adoro por su valor.  
LOLA. ¿Hace mucho que le sirves?  
JUAN. Si mi memoria no miente,  
cuatro años precisamente  
cumplen en el dia de hoy.  
LOLA. ¿Quieres contarme tu historia?  
JUAN. Si me lo mandais, señora.  
LOLA. No mando, suplico ahora.  
JUAN. Pues á complaceros voy.  
El color de mi cara  
os dará á conocer, que fué, señora,  
el blanco sol de África mi cuna;  
y del desierto en la tostada arena

me arrojó la fortuna,  
por suerte, del esclavo la cadena.  
Un hijo que tenía  
de diez años de edad, también esclavo  
mi destino seguía,  
y atravesando el férvido Oceano,  
vendióse nuestra sangre y nuestra vida  
á la sorda avidez de un castellano.  
De la América ardiente  
rociamos las fértiles llanuras  
con el servil sudor de nuestra frente;  
y trabajando allí sin esperanza,  
del látigo al crujido,  
sólo soñaba el alma en la venganza  
digna del hombre de color vendido.  
Un día en el trabajo,  
corriendo tras ligera mariposa  
alegre el hijo mío, se distrajo,  
y un blanco capataz, con saña fiera  
le cruzó con el látigo la cara:  
mi corazón se altera  
al recordar la sangre que brotára;  
tiré con mano ruda  
el hacha con tal ira á su cabeza,  
que si le acierto á dar, salta, sin duda,  
como en manos de un niño una cereza.  
Frustróse mi venganza,  
y huyendo del castigo á la tortura,  
cogí á mi herido hijo,  
y vagando sin tino,  
eché á correr del monte á la espesura,  
sin más guía que Dios en mi camino.  
De cansancio rendido,  
corrí la noche entera,  
sin escuchar, señora, más ruido  
que el salvaje rugir de la pantera;  
y en cuanto amanecía  
más el rugido aquel se aproximaba:  
mi pecho de terror se estremecía;  
la sangre al escucharlo se me helaba,  
y comprendí, por desgracia mía,  
que la fiera mis pasos rastrea.

Sin armas yo para luchar con ella  
y abrumado del peso de mi hijo,  
pensé rendirme á mi maldita estrella,  
y tras mi infausta suerte  
terminar mis angustias con la muerte.  
Sentíala moverse en el follaje,  
cuando escuché á mi espalda un caballero  
exclamar: «¡Qué brava es! Llevarme quiero  
»la hermosa piel de ese animal salvaje.»  
Midiendo la distancia con arrojo,  
le extiende el arcabuz con faz serena:  
el tiro entónces suena,  
y le metió la bala por un ojo.  
«Negro, dijo, tirándome el cuchillo,  
»que la desuelles por favor te pido.»  
Y obedecí su voz como un chiquillo,  
porque el jóven aquel...

LOLA.  
JUAN.

(Atajándole.) Era mi Diego.  
Era don Diego, sí: sólo en su labio  
hay sonrisa á la vista de una fiera,  
y él sólo tiene la certera mano  
que ni el peligro ni el temor altera;  
y volviéndose á mí noble y humano,  
«¿cómo sin armas, dijo,  
»te atreves á pisar estos lugares,  
»exponiéndote, necio, á la tortura  
»de ver que un tigre te devore un hijo.»  
Díle yo á conocer mi desventura;  
y al escuchar mi dolorosa historia,  
más de una vez en su morena cara  
asomaron los lentes de la ira;  
y en vano se esforzára  
para borrar con su nervuda mano  
de dolor una lágrima sencilla,  
que despuntando entre sus negros ojos  
pugnaba por saltar á su mejilla.  
«Ven, infeliz, me dijo,  
»yo compraré tu sangre al europeo;  
»de padre serviré á tu pobre hijo,  
»si al África volver no es tu deseo;  
»mas si pisar prefieres  
»las arenas del África tostada,

»la suerte ya dejó de ser contraria;  
»puedes marchar, si allí tienes tu amada,  
»y alzar en el desierto tu plegaria.»

Entre rios de llanto  
yo besé aquella mano bienhechora,  
y perdonad á mi cariño santo  
si lloro aún al recordarlo ahora.  
Desde entónces resbala mi existencia  
sobre su sola huella,  
y miro siempre en él mi providencia,  
como el marino á la polar estrella:  
y si adivino la idea de su mente  
en su mirada vaga,  
porque la deuda que mi pecho siente  
sólo, señora, el corazón la paga.

LOLA.

(Enternecida.)

Ámale como el alma mia:  
sé su ángel tutelar.

JUAN.

Sed vos, señora,  
si cómoceis la ciega idolatría  
con que don Diego vuestro nombre adora.  
(Juan saluda y váse.)

## ESCENA V.

LOLA.

¡Ay! cuál de santa emocion  
dulce llanto me enagena,  
y cuál hincha mi ilusion  
su celeste corazón  
que mi recuerdo no llena!  
No oscurezca el mundo vano  
el porvenir sobrehumano  
que ante mis ojos diviso,  
cuando al guiarme su manó  
es la vida un paraíso.  
No caben llanto ni penas  
junto á su alma bendecida,  
porque, de caricias llenas,  
veremos volar serenas  
las horas de nuestra vida;

y si heridas de quebranto  
abren el dolor los tiros,  
amparada de su encanto,  
mientras beba yo su llanto  
vivirá de mis suspiros.  
(Se oye llamar á la puerta.)

## ESCENA VI.

LOLA y JUANA.

LOLA. ¿Es él, Juana?  
JUANA. Un caballero  
que viene á ver al Barón.  
LOLA. ¿No ha dicho su condicion!  
JUANA. Sí, es el Marqués de Montero;  
diz que trae una visita.  
LOLA. Dile que pase adelante:  
avisa á papá al instante.  
(Juana hace lo que acaba de mandar.)

## ESCENA VII.

EL MARQUÉS, LOLA y luégo el BARÓN.

MARQ. Bésoos los piés, señorita;  
¿sois vos, por mi buena estrella,  
la hija del señor Barón?  
(Lola contesta afirmativamente.)  
Á fe mia, con razon  
dijeron que erais muy bella.  
LOLA. Sois muy amable y cortés.  
MARQ. Á lisonja no achaqueis  
justicia que mereceis.  
LOLA. Os doy mil gracias, Marqués.  
(El Marqués saludando al Barón, que entra.)  
MARQ. Señor Barón...  
(El Barón alargándole la mano.)  
BARÓN. Caballero...  
Recibo merced no escasa  
con ver honrada mi casa  
por el Marqués de Montero.

- (Le hace señal de que se siente, y se sientan.)
- MARQ. Me haceis sobrado favor:  
vuestra hermana en Santander  
me encargó os viniera á ver,  
y cumplo con este honor.
- LOLA. ¿Me retiro, padre mio?
- MARQ. Mera visita es la mia,  
y en el alma sentiría  
dejárais este vacío;  
tanto más, cuanto doña Ana,  
que os quiere mucho, por Dios,  
me hablaba siempre de vos.
- LOLA. Mi buena tia!
- BARON. Mi hermana.
- MARQ. La ilustre dama declina  
de su salud por momentos,  
y parte sus pensamientos  
entre vos y su sobrina;  
y á fe mia es un modelo  
de elegante sociedad,  
y yo debo á su amistad  
muchas horas de consuelo.
- BARON. Se ha hablado de vos, Marqués,  
durante la guerra toda.
- MARQ. Sí, Baron, seguí la moda  
de acuchillar al francés.
- BARON. De militar bravo y duro  
fama alcanzó vuestro brazo.
- MARQ. Para dar un buen sablazo  
no se necesita mucho.
- BARON. ¿Y seguíis la profesion?
- MARQ. Á brigadier ascendí  
y al rey mi cuartel pedí;  
no luché por ambicion.
- BARON. Nombre hubísteis de esforzado  
y de singular valor.
- MARQ. Ciertas heridas de amor  
me hicieron desesperado;  
ademas, no peleaba  
para defender mi tierra;  
buscaba algo, y en la guerra  
no encontré lo que buscaba.

- LOLA. ¿Tan jóven y el desengaño  
marchitó ya vuestra vida?
- MARQ. ¿Qué remedio? Es una herida  
que al tocarla me hace daño.
- LOLA. ¿Fué amor no correspondido?
- MARQ. Señorita, eso no mata.
- LOLA. ¿Amásteis á un alma ingrata?
- MARQ. Y fui vilmente vendido.  
Cuando se concentra el ser,  
el alma y el sentimiento  
en el virginal aliento  
de una adorada mujer,  
y uno da su paz, su calma,  
por una esperanza sola,  
cuando ésta se pierde, Lola,  
¿sabeis qué queda en el alma?  
Fieros celos que arrebatan,  
desconfianzas que mugen,  
latidos secos que rugen,  
cenizas frias que matan.
- LOLA. Os compadezco, á fe mia.
- MARQ. Estos, señorita, son  
misterios del corazon  
que no entendeis todavía.  
Busqué tumba en la pelea,  
y me convencí, señora,  
que ni tumba bienhechora  
encuentra quien la desea.
- LOLA. ¿Tan agudo era el dolor  
que os impelia á morir?
- MARQ. Comprendiérais mi sufrir  
si comprendiéseis mi amor.
- BARON. El tiempo y la distraccion  
os devolverán la calma.
- MARQ. La virginidad del alma,  
¿quién la devuelve, Baron?  
Suponiendo que el olvido  
borrase este afan profundo,  
puede devolverme el mundo  
las creencias que he perdido?
- BARON. Marqués, no debeis decir  
de este agua no he de beber;

- sólo Dios alcanza á ver  
lo que hay en el porvenir.
- MARQ. Bendita esa voz que augura  
un bien que tanto consuela.
- LOLA. Marqués, hay un Dios que vela  
por las almas sin ventura.
- MARQ. (Ap.) (¿Por qué á la hora de amar  
no conocí á esta mujer?)
- LOLA. (Ap.) (No sé qué amargo poder  
hay en su modo de hablar.)
- MARQ. (Levantándose.)  
Mas, por Dios, que abusar temo  
de vuestra condescendencia.
- BARON. Al revés, vuestra presencia  
nos favorece en extremo;  
y mi casa y mi amistad  
siempre franco os brindaré.
- MARQ. Y yo á gozar volveré  
de tan buena sociedad.  
Adios.  
(Alarga una mano al Baron: luego volviéndose á  
Lola.)  
Os beso los piés...  
(Ap.) (Es linda como una estrella.) (Váase.)

### ESCENA VIII.

LOLA y el BARON.

- BARON. ¡Qué alma tan bella y tan franca  
tiene ese jóven Marqués!
- LOLA. ¿Crees que olvidar podrá  
despues de querer así?  
Eso no es posible.
- BARON. Sí.  
de fijo que olvidará:  
el alma que resplandece  
en su fogosa mirada,  
no es el alma concentrada  
que siente, calla y padece.  
Expansiva en sus pasiones  
ha amado con calentura,

no es ese el amor que augura  
una vida de emociones;  
pues cuando, por suerte aciaga,  
esa fiebre nos desvela,  
es cual la luz de una vela  
que alumbra un rato y se apaga.

### ESCENA IX.

DICHOS y D. DIEGO, desde la puerta.

- DIEGO. Si dais permiso...  
BARON. Adelante,  
hijo de mi corazon.  
LOLA. Diego, ¿qué es esa afliccion  
que se nota en tu semblante?  
DIEGO. Auroras infortunadas  
que á nublar vienen la vida:  
voz que reclama, querida,  
paga de deudas sagradas.  
BARON. Diego, ¿qué quieres decir?  
DIEGO. (Sacando una carta y entregándosela.)  
Tomad y leed, Baron.  
BARON. ¿Por qué es esa agitacion?  
DIEGO. Porque es forzoso partir.  
LOLA. ¿Partir tú? no, Diego, no.  
DIEGO. (Ap.) ¡Qué desgarradora lucha!  
Va á leer tu padre, escucha,  
y despues hablaré yo.  
LOLA. No, Diego, no; esa partida  
viniera á verter cruel  
la primera gota de hiel  
en el vaso de mi vida.  
BARON. (Mirando la carta.)  
De tu padre me parece.  
DIEGO. Que sigais leyendo espero.  
(Leyendo.)  
BARON. «Buenos-Aires, seis de enero  
de mil ochocientos trece.  
Diego mio: de tu mano  
necesita el viejo; ven,

porque ha menester sosten  
la cabeza del anciano;  
pierde mi frente su brío  
y hácia la tierra declina,  
y cuando el árbol se inclida  
pronto caerá, hijo mio.  
Con el alma enajenada,  
tus amores bendiciendo,  
tiempo al cielo voy pidiendo  
para abrazar á tu amada.  
Sé que es muy digna de tí,  
y cuando esposo te llame,  
rogaré al cielo que te ame  
cual me amó tu madre á mí.  
Tu larga ausencia sintiendo  
voy este valle dejando,  
en que el hombre entra llorando  
y el bueno parte sonriendo.  
Si mi voz no es importuna,  
porque un viejo es como un niño,  
te reclamo aquel cariño  
que yo te daba en la cuna.»  
Un instante, Lola, exijo  
á solas con Diego hablar. (Váse Lola.)

## ESCENA X.

EL BARON y D. DIEGO.

BARON. Qué piensas hacer?

DIEGO. Marchar  
á cumplir como buen hijo,  
y ántes de Lola la mano  
que me concedais os ruego.

BARON. Si tú te la llevas, Diego,  
¿qué le quedará á este anciano?  
yo no creí que querrías,  
cuando te he querido tanto,  
privar que caiga su llanto  
sobre mis postreros dias.  
Conozco tu amor profundo,

- y de ese amor no me quejo;  
pero no querrás que un viejo  
se quede solo en el mundo.
- DIEGO. ¿Qué quereis decir, Baron?  
BARON. Por los años encorvado,  
el morir á vuestro lado  
fuera toda mi ambicion.  
Á no ser tan viejo, iría  
con vosotros al momento  
á exhalar mi último aliento  
lejos de la patria mia:  
mas si me quitas ahora  
á mi Lola, yo te fio  
que ya no veré, hijo mio,  
despuntar la nueva aurora.  
Un sacrificio te exijo  
que el hacerlo está en tu mano:  
sé que no te ruego en vano  
porque tú eres un buen hijo.  
Vé á cumplir con tu deber,  
suspende contraer el lazo,  
y á tu vuelta vence el plazo.  
Lola será tu mujer.
- DIEGO. ¿No sabeis vos que á su lado  
solo hallo vida y consuelo,  
y sin ella hasta en el cielo  
me hallaría desterrado;  
y exigis de mi pasion  
que me deje aquí la vida?
- BARON. (Llorando.) ¡Hija del alma querida!  
DIEGO. (Conmovido.) Partiré solo, Baron.  
BARON. Y al cruzar el Oceano,  
cuando el aura el buque impela,  
flotará sobre tu vela  
la bendicion de un anciano.
- DIEGO. ¿Quereis á Lola llamar?  
(Ap.) (Triste presagio me asalta:  
siento que el valor me falta,  
y no quisiera llorar.)

ESCENA IX.

DICHOS y LOLA.

- DIEGO. Lola, un sagrado deber  
me obliga crudo á partir;  
yo no podría vivir  
si te llegase á perder.  
Por tí mi pecho sintió  
un amor grande y profundo,  
y nadie... nadie en el mundo  
te amaré cual te amo yo.  
Mientras la fortuna esquivá  
me tenga lejos de tí,  
me olvidarás, Lola?
- LOLA. (Señalando al corazón.) Aquí  
vivirás mientras yo viva.
- DIEGO. Tengo un presentimiento que me abruma:  
quizá al cruzar el agua, en lontananza  
envuelva el mar en sábana de espuma  
el rico porvenir de mi esperanza.  
Todo el amor, todo el poder del hombre,  
si un buque entre las olas se derrumba,  
no bastan ¡ay! para escribir su nombre  
sobre el cristal inmenso de su tumba.  
Si oyes contar de un naufrago la historia,  
ya que en la tierra hasta el amor se olvida,  
¿encontrará un sepulcro mi memoria?
- LOLA. Aquí la guardaré toda mi vida.
- DIEGO. Mi pobre corazón se hace pedazos  
al dejar tus encantos seductores.
- LOLA. No temas, no; te volveré á mis brazos  
el ángel tutelar de mis amores  
¿guardarás esta rosa delicada,  
(Quitándosela de su pelo.)  
para tí de mis sienes desprendida?
- DIEGO. Viniendo de las trenzas de mi amada  
cada hoja de esta flor vale una vida.
- LOLA. Acuérdate de mí; ténla contigo  
para que en ella mis amores leas,

y sea el cielo de mi amor testigo.

**DIEGO.** ¡Adios, Baron!

**BARON.** (Abrazándole enternecido.) Adios.

**DIEGO.** (Cogiendo la mano de Lola y besándola.)

¡Bendita seas!

**FIN DEL PRÓLOGO.**

---

## ACTO PRIMERO.

---

Sala de tocador de la Marquesa de Montero, que estará acabándose de vestir para un baile. Puerta en el centro que comunica con el salon, que aparecerá iluminado, y á la derecha del espectador puerta que comunica con el interior de la casa. Mesas de juego.

### ESCENA PRIMERA.

JUANA y LOLA.

- JUANA. ¡Qué bien, señora, en vuestra negra trenza destacan estas rosas su blancura!  
No hay una hermosa que en belleza os venza...
- LOLA. No me halaga ya mucho la hermosura.
- JUANA. Rica, marquesa, honrada y respetada,  
¿qué más fortuna vuestro pecho anhela?
- LOLA. Juana, arrancar del alma angustiada  
una memoria que mi frente vela.
- JUANA. ¿Pues no quisisteis vos de vuestro grado  
que os llamarán marquesa de Montero?
- LOLA. Misterios son que nunca he divulgado,

y hoy al tocarlos de tristeza muero.  
JUANA. ¿Conque es cierto el refran que á muertos y á  
LOLA. No toques esa cuerda, Juana mia, [idos...  
porque hace el mismo efecto en mis oidos  
que el toque funeral de la agonía.  
JUANA. Don Diego, acaso á vuestra fe perjuro...  
LOLA. Que me hubiese olvidado á Dios pluguiera.  
JUANA. ¿Habeis sabido de él?

LOLA. Nunca; y te juro  
que quisiera morir sin que supiera.  
Supuesto, Juana, que á tu fiel ternura  
tanto interesa mi profunda herida,  
yo te haré conocer la desventura  
que envenena las horas de mi vida.  
Tres años hace que á su patrio suelo  
se fué don Diego; y por desgracia mia  
á las pocas semanas quiso el cielo  
arrebatar mi padre y mi alegría.  
Poco ántes de espirar quiso que sola  
estuviese un momento en su presencia,  
y con voz paternal me dijo: «Lola,  
»ya no tendrás más juez que tu conciencia;  
»quedas sin padre hasta que vuelva Diego;  
»vé á Santander á lado de mi hermana,  
»guarda sin mancha el nombre que te entrego,  
»y sé el sosten de aquella noble anciana:  
»y aparte Dios de tus postreras horas  
»de los remordimientos la tortura;  
»y cual hoy, hija, de tristeza lloras,  
lloren tus hijos con filial ternura.»  
Murió el anciano, y con cariño santo  
corrí á regar la tumba que le encierra;  
y al encontrarme sola con mi llanto  
ancho desierto pareció la tierra.  
Aquella temporada solamente  
frecuentaba mi casa un caballero:  
los que sufren se entienden fácilmente,  
y él sufría tambien, era Montero.  
Te acordarás que él nos sirvió de ayuda  
trayéndonos aquí en su compañía,  
y aunque su lengua para mí fué muda,  
Honda tristeza en su mirada había.

De mi tia Ana me dejó en los brazos,  
y aquí declina de mi vida el sino:  
me volvieron al mundo nuevos lazos,  
nuevos placeres me brindó el destino.  
Yo, que hasta entónces sólo conociera  
de Diego y de mi padre la ternura,  
entré en la sociedad por vez primera  
y todos celebraron mi hermosura.  
En la mujer hay un placer oculto  
de solazarse en la pasión que inspira;  
y cien galanes con ferviente culto  
me contaban de amor dulce mentira.  
De mi padre la voz ya no sonaba  
más que como eco de infantil conseja,  
y de mi débil mente se alejaba  
cual vela henchida que del mar se aleja;  
y del salón en el bullicio loco  
hundióse aquel recuerdo en mis entrañas,  
y se extinguió en el alma poco á poco  
como un eco perdido en las montañas.  
Del amor las primeras impresiones  
tenían de ternura inmenso acopio;  
sentí despues nacer otras pasiones,  
y sobre todas una: el amor propio:  
esa pasión que es, cuando se despliega,  
tronco y raíz del corazón humano;  
que á lo pasado nuestra vista ciega  
con el incienso del amor mundano;  
que halaga con sonido delicioso  
cual de un laud la suave melodía,  
interpuso un celaje vaporoso  
que mis recuerdos de espesor cubría.  
Verme amada y oír el lisonjero  
acento de pasión que yo inspiraba,  
de orgullo henchido el corazón entero  
con los constantes triunfos que alcanzaba,  
este era mi gozar, y solo un hombre  
se mostraba insensible á mi atractivo;  
era el Marqués, y el lustre de su nombre  
punzaba mi amor propio en lo más vivo.  
Montero no era ya aquella alma herida  
que buscaba una tumba en la batalla:

sediento entónces de placer y vida,  
no conocía á sus antojos valla;  
audaz sin pretension, gallardo y fiero,  
galante, apuesto, espléndido y lujoso,  
me parecía el solo caballero  
digno de mí para llamarle esposo.  
Algún genio fatal se complacía  
en dar cumplida rienda á mi deseo:  
conquista mia fué, y en breve ardía  
para los dos la antorcha de himeneo.

JUANA.  
LOLA.

¿No sois feliz son él?  
No, Juana mia:  
marchitas ya de la ilusion las flores,  
veo por mi desgracia, que aquel día  
mi orgullo equivoqué con mis amores.  
Y él tampoco lo es; quizá el recelo  
de haberse visto en su pasión vendido,  
quizás lo poco que á su amante anhelo  
costó verse de mí correspondido;  
ello es que es triste su mirada altiva,  
y en nuestra fría aparente calma  
encuentra á su pesar el alma esquiva  
que faltaba en ambos el amor del alma.  
Y cuando á quedar viene en nuestro pecho  
un sentimiento indiferente y frío,  
y en la tristeza y soledad deshecho,  
inerte late el corazón vacío;  
cuando sin esperanza de fortuna  
lo porvenir se encierra encapotado,  
al través de una lágrima importuna  
se vuelve la mirada á lo pasado.  
Y el aura de la tarde á mis oídos  
trae voces perdidas á lo lejos,  
viniendo á mi memoria mal dormidos  
los del primer amor tibios reflejos;  
de una flor los recuerda el dulce aroma,  
los despierta del clave una armonía,  
la blanca luna que en el cielo asoma  
final hermoso de ilusion un día;  
y de la tierna edad de mi inocencia  
viene un trémulo rayo desprendido  
á alumbrar lejos de mi existencia

- el panorama de un eden perdido.
- JUANA. Procurad disipar esa tristeza;  
distracciones buscad por cualquier medio:  
ahora que casi vuestra vida empieza,  
¿no habeis de hallar en vuestro mal remedio  
Fragilidad fué en vos el olvidarle;  
mas ¿quién sabe tambien si os ha olvidado?  
Bastante tiempo es ya para esperarle  
los tres años de ausencia que han pasado.
- LOLA. Tú no conoces á aquel hombre, Juana:  
embriagada en el nectar de la vida,  
olvidó la mujer frívola y vana;  
pero aquella alma colosal no olvida.  
Yo siento aquí una voz que me asegura  
que su huella va en pos de mi destino,  
y para mi expiacion y mi tortura  
Dios le pondrá en mitad de mi camino.  
Él vive, sí, no sé en lo que me fundo,  
mas cual suenan los pasos sobre un hueco,  
cada pisada suya por el mundo  
dentro de mi corazon levanta un eco.
- JUANA. Hoy que el Marqués en baile suntuoso  
celebrar quiere vuestro fausto dia,  
dad tregua al llanto y al sufrir reposo,  
y brille en vuestros ojos la alegría.
- LOLA. No temas, no; sabemos las mujeres  
guardar nuestra pasion aquí escondida,  
velando con sonrisas y placeres  
los quejidos del alma estremecida.  
Y mientras el dolor negro y profundo  
mudo en el alma del que sufre queda,  
el que no espera compasion del mundo  
cubre el dolor con antifaz de seda.
- JUANA. Alguien viene.
- LOLA. Ve quién es,  
y si convidados son,  
dí que pasen al salon.
- JUANA. No, señora, es el Marqués. (Váse Juana.)

ESCENA II.

LOLA y el MARQUÉS.

MARQ. Fatal estrella, por Dios,  
es la mía, dulce amiga;  
siempre el cielo me castiga  
cuando estoy lejos de vos.

LOLA. Pues mucho tiempo hace á fe  
que os pudiera castigar.

MARQ. No me quiero disculpar,  
pues conozco que falté;  
mas sé que á tan dulce prenda  
no apela el cariño en vano.  
Lola, ¿no me dais la mano?

LOLA. Es que no fio en la enmienda.

MARQ. Mucho, Marquesa, lo siento;  
juro que podeis fiar,  
porque vengo á confesar  
lento de arrepentimiento.  
Oidme un rato, Marquesa;  
aunque nunca os he olvidado,  
distruido habré entiviado  
vuestro cariño, y me pesa:  
nadie mejor que Montero  
conoce lo que valeis,  
y creo no dudareis  
que os he querido y os quiero.  
Algunas veces, y en tanto  
que iba en pos de mis antojos,  
sorprendía en vuestros ojos  
recientes huellas de llanto;  
conozco que os hice agravio,  
pues mientras gozaba yo,  
sufriais, y no asomé  
una queja en vuestro labio:  
y si vos llanto de hiel  
vertíais por egoismo,  
no me perdono yo mismo  
haber sido causa de él.

LOLA. ¿De veras?

MARQ.

Os lo confieso  
como lo siento, señora.  
¿Creeis en mí la enmienda ahora?

LOLA.

Enrique, no hablemos de eso.

MARQ.

Vuestro cariño, Lola, es  
hoy mi primera fortuna;  
hay dias de mala luna  
que todo sale al revés.

LOLA.

Enrique ¿qué os ha pasado?

MARQ.

Me levanté esta mañana,  
y de montar me dió gana  
el potro tordo rodado:  
yo ganoso de cansallo  
y él mas ganoso de hacello;  
á fuerza de corrello  
he reventado el caballo.  
Por mi fortuna salí  
sin lesion de la caida:  
tuve lúego una comida  
en que se jugó y perdí.  
Levantéme sin revancha;  
ocuriósenos el dar  
un paseo por el mar,  
y tomamos una lancha:  
alzando espumosa estela  
y á la barra haciendo proa,  
dirigimos la canoa  
mar afuera á toda vela:  
embocaba á la sazon  
el canal un bergantin  
ligero como un delfin,  
y al verlo volví el timon.  
Mi barquero con enojo  
gritó: á la vía, Marqués.  
¿Cómo á la vía? ¿no ves  
que nos va á pasar por ojo?  
Y si no viro, no marra,  
por nuestra estela cruzó;  
pero me olvidaba yo  
que estábamos en la barra.  
Ya del canal separados,  
batido por la corriente,

nos quedamos blandamente  
sobre la barra varados.  
Y entónces, como de intento  
para hacernos zozobrar,  
el trapo nos vino á hinchar  
una ráfaga de viento:  
dicho y hecho: zozobramos...

LOLA. Me espanta esa sangre fria...

MARQ. No os asusteis, hija mia,  
porque todos nos salvamos:  
sabeis que nada me arredra;  
mas hoy os protesto á fe  
que de veras me asusté,  
pues nado como una piedra.  
El bergantin, que al pasar  
nuestra cuita presenció,  
en un momento mandó  
botar las lanchas al mar  
para darnos pronto ayuda:  
los remeros se afanaban,  
mas acercarse no osaban  
temiendo varar sin duda,  
cuando se echó un hombre á nado  
de la lancha más vecina,  
y en nuestra inminente ruina  
á nosotros se ha acercado;  
y cogiéndonos á dos  
cual si cogiera una paja,  
en su lancha nos encaja.

LOLA. ¡Qué brazo! poder de Dios!  
Muy generoso habreis sido  
con el bravo marinero.

MARQ. No era tal, un caballero  
muy bizarro y muy cumplido,  
moreno, de buen talante,  
(Lola escucha agitada.)  
elegante sin aliño,  
con la sencillez de un niño  
y el aliento de un gigante.  
Deseoso yo de pagar  
abnegacion tan sin tasa  
le frecí cortés mi casa,

que se empeñó en rehusar;  
y al dejarle en la posada  
mandéle al momento el coche  
rogándole que esta noche  
venga á honrar nuestra velada.  
Y al presentároslo á vos,  
os acordareis, querida,  
que me ha salvado la vida.

LOLA. (Ap.) ¡Justicia eterna de Dios!

MARQ. Estais pálida, Marquesa.

LOLA. Sí, siento un temblor inquieto...

MARQ. Culpa mia: yo os prometo  
que será la última esa;  
que al ver lo que por mí pasa,  
por loco tendrá cualquiera  
al que busca riesgo fuera  
teniendo un cielo en su casa.

LOLA. Siento una atroz conmocion  
que temo hasta hablar me impida.

MARQ. ¿Quién hará sin vos, mi vida,  
los honores del salon?  
Hoy sí que no os lo perdono;  
y espero que afianzareis  
la fama que ya teneis  
de modelo de buen tono.

Ya acude la reunion,  
y el baile va á empezar luégo.

LOLA. (Ap.) ¡Dios mio! ¡si fuese Diego!

MARQ. (Tomándola del brazo.)

Lola, vamos al salon.

### ESCENA III.

Sale JUANA, azorada y santiguándose.

JUANA. ¡Jesucristo, Jesucristo!  
Señorita... ya está dentro:  
vaya un oportuno encuentro;  
y no sueño, que le he visto.  
Salí un momento al balcon,  
¡maldita curiosidad!  
y en la densa oscuridad

vi pasar una vision.  
Y era aquel negro, aquel Juan:  
le he visto, le he visto bien;  
pero cómo, cuándo y quién  
habrá traído ese Adán?  
Si él está, también don Diego  
debe estar, la cosa es clara;  
si jamás de él se separa:  
ya empieza á enredarse el juego;  
esto va á parar en mal;  
daré parte á la señora...  
¿Y quién se lo dice ahora  
entre ese berengenal?  
Callaré, es lo más seguro,  
hasta que la pueda hablar.  
¡Ay! la Virgen del Pilar  
nos saque en bien de este apuro.  
Si ántes de la reunion  
estaba ya tan inquieta...  
Está visto, no hay profeta  
como nuestro corazon.  
¡Ay! si la Virgen hiciera  
que al negro no vuelva á hallar,  
le ofrezco adornar su altar  
con cuatro velas de cera.

#### ESCENA IV.

AGUILAR, RUIZ, MENDOZA, CISNEROS y algun otro caballero salen del brazo, conversando familiarmente, examinando el adorno, etc.—Pasa un criado con bebidas: Ruiz toma un puñado de bizcochos y un vaso de ponche y se sienta junto á una mesa de juego á tomar su refresco.

- AGUIL. ¡Jamás ha habido sociedad como esta!  
¡Cuánta elegancia en todo, cuánto esmero!  
Para hacer los honores de una fiesta  
es sólo la Marquesa de Montero.
- MEND. Es verdad, el negarlo fuera agravio:  
su acento es siempre amable y oportuno,  
y, en miel envuelta, mana de su labio

- una palabra dulce á cada uno.
- CISX. Pues yo, no sé por qué, se me figura,  
ver al través de su aparente calma  
que en su sonrisa celestial y pura  
trasciende siempre un mal estar del alma.
- AGUIL. No es probable que sea: es respetada,  
hermosa, rica, de brillante cuna  
y amada del Marqués; fuera bobada  
pedir más beneficio á la fortuna.  
Antojos tuyos son.
- CISX. Serán antojos.
- AGUIL. Cuando hácia alguno su mirada torna,  
el sentimiento en sus rasgados ojos  
es una nueva gracia que la adorna;  
y, observado por Dios, en los salones  
la sonrisa simpática que lanza,  
hasta los más inertes corazones  
sirve de pedestal á una esperanza.
- RUIZ. (Tomando su ponche.)  
Las mujeres en el baile son más vivas;  
á la luz de bujía son más bellas;  
es animal nocturno.
- AGUIL. ¡Voto á cribas!
- RUIZ. ¡que no me quieran cual las quiero á ellas!
- RUIZ. ¿Á todas? Hombre, ¡qué plural más lato!
- AGUIL. Lo pondré en singular si esto te asusta.
- RUIZ. Siquiera en singular es otro trato.
- AGUIL. Pues todo el sexo mujeril me gusta.
- RUIZ. Es opinion absurda.
- AGUIL. No lo creas.
- RUIZ. Te lo voy á probar por vida mia:  
donde quiera que vayas verás feas  
que están en una inmensa mayoría,  
y si en amar hemos de gastar la vida,  
gastarla en una fea es un sarcasmo.
- AGUIL. Distingo: si esa fea es muy subida  
se puede suprimir por pleonasmo.
- CISX. Las que son de esta clase se entretienen  
en un rincon de casa murmurando;  
como en el baile hay mucha luz, no vienen.
- AGUIL. Por eso quiero estar siempre bailando:  
pero despues me duele la salida;

porque tras una noche deliciosa,  
al renovar la prosa de la vida  
es volver á la vida de la prosa.  
Todo es hermoso aquí; corre la noche  
entre rios de luz y de armonía:  
uno comienza por venir en coche  
á respirar ambientes de ambrosía:  
penetra en el salon, lucen las bellas  
de gasa ornadas y de ligeras flores,  
cual brillan en el cielo las estrellas  
de una noche estival en los ardores;  
y la hermosura, casi siempre esquiva,  
cual si anhelara del amor los lazos,  
viene espontánea á ser nuestra cautiva,  
buscando una prision en nuestros brazos;  
y rompe el vals, y luces y mujeres,  
y espejos y salon, todo girando,  
un vértigo remedan de placeres  
en que se embriaga el alma volteando;  
se respira su aliento, y el hechizo  
y la mirada de la hermosa brilla,  
sintiendo frio su flotante rizo  
que pasa á acariciar nuestra mejilla.  
Ya envidiando una mano chiquitina  
que posa abandonada en el regazo,  
y al través de la ténue muselina  
la nieve mate de un mullido brazo:  
ya viéndola cansada reclinarse  
en un sillón, como en mullido lecho,  
y en su agitado respirar contarse  
las oscilacion de su ondulante pecho;  
ya de unos ojos de color de cielo  
devorar la simpática mirada,  
mirada que en un novicio al primer vuelo  
lee cien tomos y no dice nada!...  
Esto es gozar: al ménos se respira  
aire más tibio, más feliz ambiente;  
y si en el mundo al fin todo es mentira,  
se pasa la mentira alegremente.  
En nuestra existencia estólida  
cada uno tiene un placer,  
si tú estás por la mujer,

RUIZ.

- yo estoy por cosa más sólida.
- AGUIL. Mala pedrada te tronche:  
sólo por lo tragon te odio.
- RUIZ. Hombre, esto es un episodio,  
un triste vaso de ponche:  
tú de amor en los altares  
quemas tu incienso á las bellas;  
yo, que no me acuerdo de ellas,  
ahogo en rom mis pesares.  
Me admira verte tan chocho;  
es no quererlo enteder:  
es muy dulce la mujer,  
pero es más dulce el bizcocho!
- CISN. ¡Qué grata es su ocupacion!  
la verdad, con verle gozo.
- AGUIL. La garganta de ese mozo  
es un molino de rom.
- RUIZ. Envidiosos...
- AGUIL. Vamos, cesa.  
Vas á decirme una cosa:  
¿viste qué triste y hermosa  
se presentó la Marquesa?
- RUIZ. Hombre, no lo he reparado.
- AGUIL. ¿No sospechas qué tendrá?
- RUIZ. Podrá tener... pero cá...
- AGUIL. Vamos, ¿qué es lo que has pensado?
- RUIZ. ¿Conque eres curioso?
- AGUIL. Un poco.
- RUIZ. Pues por esta vez, amigo,  
la verdad, no te lo digo  
porque no lo sé tampoco.
- CISN. La Marquesa.
- RUIZ. Pues chiton...
- (Aguilar se adelanta á ofrecerla el brazo.)

## ESCENA V.

DICHOS y la MARQUESA.

- LOLA. ¿Cómo aquí tan retirados?  
¿Están ustedes cansados  
del bullicio del salon?

- AGUIL. Mal nos juzguais, á fé mia,  
si os llegais á figurar  
que puede á nadie cansar  
tan amable compañía.
- LOLA. Aguilar, es bien seguro  
que sois buen galanteador:  
siempre encontráis una flor  
para salir del apuro.
- AGUIL. Si vos así lo creéis  
no quiero contrariaros:  
muchas tendría que daros  
para las que mereceis.
- LOLA. Sois amable por demas,  
y teneis dichos muy buenos:  
si los prodigais ménos  
quizá me gustáran más.
- AGUIL. Pues entónces no prosigo.  
Pediros quiero un favor,  
y es que me hagais el honor  
de bailar un vals conmigo.
- LOLA. ¿Cuál?
- AGUIL. El que querais, señora.  
Si os place será el tercero,  
porque estoy rendida, y quiero  
descansar un rato ahora.
- CISN. ¿Os encontráis indispueta?
- LOLA. No, pero cansada sí. (Se oye música.)  
No se entretengan por mí,  
pues vuelve á empezar la fiesta.

## ESCENA VI.

LOLA.

¡Qué ingrato afan mi corazon altera!  
empieza apenas la festiva danza,  
y como si una sombra me si guiera,  
do quier la garra del pesar me alcanza.  
Si mi vida estuviese  
suspendida del fiel de una balanza,  
no creo fuese tanta mi agonía.  
Quiero huir de esta sombra,

que sólo existe en la memoria mia,  
y en busca del olvido,  
al resbalar mis piés sobre la alfombra,  
voy lanzada de un vértigo al impulso,  
buscando un medio de obligar al tiempo  
á correr tan veloz como mi impulso.  
¡Ay! Si ahora pudiera  
retroceder un paso en mi camino,  
y encontrar blanca y pura,  
como lo fué en mi hermosa primavera,  
la página feliz de mi destino;  
y aquel vibrante acento de ternura  
escuchar otra vez sobre la tierra,  
que cual recuerdo de un perdido cielo  
ébrio de amor el corazón encierra!  
Si alzar pudiera en amoroso anhelo  
mi frente virginal inmaculada,  
esta frente abatida  
que hoy no resistiría su mirada;  
y decirle una vez, de amor henchida,  
ven á buscar en mi amoroso seno  
la dulce paz de tu azarosa vida!  
¡Ay! no lo quiera Dios! fuera un suplicio  
volverle á ver para perderle luego.  
¡Harto costoso es hoy el sacrificio!  
No quiera Dios que mi marchita frente  
venga á abrasar con su mirar de fuego.

## ESCENA VII.

LOLA, el MARQUÉS y D. DIEGO, éste viene apoyado en  
el brazo del Marqués.

MARQ. Lola mia, os presento el caballero  
que me sacó del agua sumergido.

DIEGO. A vuestros piés ¡Dios mio!

LOLA. (Ap.) (Él... él... yo muero!)

MARQ. (Ap.) (Tambien esta mujer me habrá vendido!)

(Dirigiéndose á Diego.)

No debeis extrañar que conmovida  
encuentre una mujer en su presencia  
quien á su esposo consorvó la vida:

su amor debe servirla de indulgencia.  
Ella os dirá las hondas atenciones  
de gratitud que nuestro pecho abriga.  
(Dirigiéndose á la Marquesa.)

Mientras cumplo por vos en los salones,  
cumplid por mi con él, querida amiga.  
(Vase el marqués.)

DIEGO (En actitud de irse.)

¡Adios, bella esperanza lisonjera!

LOLA. Si puede consolaros mi tormento,  
miradme, Diego, y de perdon siquiera  
salga de vuestros labios un acento,

DIEGO. «Si ois contar de un naufrago la historia,  
»ya que en la tierra hasta el amor se olvida,  
»¿encontrará un sepulcro mi memoria?  
«AQUÍ LA GUARDARÉ TODA LA VIDA.»

Así decía una mujer, llorando,  
conociendo la fe con que era amada:  
sin duda vos no recordais ya cuándo...

LOLA. ¡Me asesina la hiel de su mirada!

DIEGO. ¿No recordais que concentré la vida  
dentro del corazon para vos sola;  
y de esperanza y gloria el alma henchida,  
soñaba un cielo en el amor de Lola?  
No pensásteis jamás que un peregrino  
cruzaba errante el desolado suelo,  
y erais la única flor de su camino;  
la sola estrella que alumbró su cielo?  
Hoy que el encanto de mi vida acaba,  
decidme una palabra en vuestro abono.  
Si os han amado más que yo os amaba,  
decídmelo tambien, y os lo perdono.

LOLA. ¡Diego, piedad por Dios!

DIEGO. ¿Por qué, señora,

cuando os fijaba la esperanza mia,

conocer no os dejábais, como ahora?

¿Por qué ese corazon amor mentía?

¿Por qué no decir al que creyente

un ángel bello en su delirio fragua:

«no tengo nada aquí, quien por mí siente

»viene á escribir su nombre sobre el agua!»

Porque vuestra pasion es flor de un dia,

que dura sólo lo que dura un lirio,  
mostrando al hombre que en amores fia,  
que el premio del creyente es el martirio.  
¿Qué importa á la mujer, si en la mudanza  
son de lisonjas sus oídos llena,  
convertir una vida de esperanza  
en campo estéril de infecunda arena?  
Y agotados al ver en nuestra frente  
cuantos capullos la ilusión tenía,  
tendrá ella una sonrisa indiferente  
para insultar del mártir la agonía.  
LOLA. Me haces daño... ¡piedad!

LOLA.  
DIEGO.

Débil criatura,  
hé aquí el único bien que nos ofrecen;  
saben verter á mares la amargura  
y al probar una gota se estremecen.  
LOLA. No es verdad: si tronché vuestra esperanza,  
derramando la hiel de vuestra vida,  
el cielo se encargó de la venganza;  
fiad en él que os la dará cumplida.  
El cielo me dejó el remordimiento,  
y un recuerdo sin fin de esa ternura;  
si vos no comprendéis este tormento,  
no habéis á esta mujer de desventura.  
¿Habéis tenido fijas las miradas  
viendo las aguas murmurar sonoras;  
y en llanto las mejillas arrasadas,  
lentas contar las intranquilas horas  
con un recuerdo de tristeza, Diego,  
perdido Eden de gloria y de ventura,  
que ha de morir aquí, cual fátuo fuego  
que brilla en ignorada sepultura?  
Y cuando el alma aérea y vagarosa  
á ese deleite celestial se lanza,  
gritáros una voz: ¡«¡infiel esposa!  
¿es un crimen nutrir esa esperanza!»  
Y cuando el corazón henchido estalla,  
sólo veáis en el morir remedio,  
y entre el alma y su amor tengáis por valla  
toda una eternidad que está por medio;  
y ante el hombre ofendido que amé tanto  
no hallar una palabra en mi disculpa,

ni aun el consuelo de enjugar su llanto,  
llanto que corre por mi sola culpa.  
Y cuando á su desprecio resignada,  
diera mi salvacion por su ventura,  
¿creeis que á una mujer tan humillada  
debeis de hablarle vos de desventura?  
Decidme: ¿lo creeis?

DIEGO.

Adios, señora.

LOLA.

(Ap.) ¡Y le puedo olvidar, Dios poderoso!  
¡sólo faltaba á mi desgracia ahora  
el suplicio de hallarle generoso!

(D. Diego va á salir conmovido, y en el momento  
de llegar á la puerta la abre el Marqués y le indi-  
ca cortesmente que se detenga.)

## ESCENA IX.

DICHOS y EL MARQUÉS.

MARQ.

(Dirigiéndose á Lola.)  
Retiraos, os lo ruego.

LOLA.

Enrique, ¿por qué?

MARQ.

Os lo mando.

(Lola se va por la puerta interior, enjugando sus  
lágrimas.)

## ESCENA X.

EL MARQUÉS y D. DIEGO.

MARQ.

¿Me direis lo que tratando  
estábais, señor don Diego?

DIEGO.

Cosas de poco interés.

MARQ.

Ved que algo se ha percebido.

DIEGO.

Entónces, si habeis oido,  
¿á qué preguntais, Marqués?

MARQ.

Es verdad, teneis razon,  
que es inútil la pregunta.

¿Tiene vuestra espada punta?

DIEGO.

Y va recta al corazon.

MARQ.

Bien; una mujer os ama,  
y no es, por Dios, caballero,

- quien no desnuda su acero  
para defender su dama.  
Pero tambien se os alcanza  
que si ella tiene marido,  
puede su honor vendido  
exigir justa venganza.  
Y de esa mujer liviana  
yo me vengaré despues.
- DIEGO. Será una hazaña, Marqués,  
digna de un alma villana.  
Si esa mujer amó  
y no cometió un desliz,  
¿por qué no la haceis feliz  
amándola como yo?
- MARQ. Segun vos, no ha delinquido  
en no violando el pudor  
que debe á su propio honor  
más que al nombre del marido.  
Suponiendo que así fuera,  
estais muy equivocado:  
no le basta al hombre honrado  
fidelidad tan grosera.  
Si un dia de vuestra esposa  
recibiérais un agravio,  
escuchando de su labio  
que en otro su amor reposa,  
(¡la ira mi acento trunca!)  
¿qué haríais con el rival?
- DIEGO. Es un caso original  
que no me ha ocurrido nnca.
- MARQ. Á mí sí, y es menester  
acabar con ese amor.  
Las cuestiones de mi honor  
yo me las sé resolver.
- DIEGO. Batiéndose con el rival  
que en mala hora habeis soñado,  
¿creeis que habeis encontrado  
un remedio á vuestro mal?
- MARQ. ¿Teneis á la muerte miedo?
- DIEGO. ¡Miedo!... sí; porque mi vida  
es tan bella y divertida  
que desprenderme no puedo

- de su inmenso bienestar.  
Señor Marqués de Montero,  
¿creeis vos que vuestro acero  
me haga á mí pestañear?
- MARQ. ¿Pues á qué tanta disculpa?  
DIEGO. ¿Quereis un duelo mortal?  
Sea: mas de vuestro mal  
no echeis á nadie la culpa.  
Y perdereis la partida,  
que yo no puedo morir,  
porque hay horas que el sufrir  
nos centuplica la vida.
- MARQ. De buena ó de mala gana,  
veo que al fin me entendeis.
- DIEGO. Ya que tanto lo quereis,  
enhorabuena: mañana.
- MARQ. ¿Hora?
- DIEGO. Las seis.
- MARQ. Está bien...
- ¿Armas!
- DIEGO. Las que vos queráis.
- MARQ. Á muerte.
- DIEGO. Si os empeñais  
os daré gusto tambien.
- MARQ. ¿Testigos?
- DIEGO. Entre los dos  
no creo haya felonía;  
y por mi parte os diría  
que el mejor testigo es Dios.  
Marqués, cuidad de prever  
que nadie se entere de eso,  
y quede al ménos ileso  
el honor de esa mujer.
- MARQ. ¿Sitio?
- DIEGO. La orilla del mar.
- MARQ. ¿Quereis que pase á buscaros?
- DIEGO. No teneis que molestaros,  
que nunca me hago esperar.

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.

MARQ. Lago de amor sereno y trasparente,  
que yo surcaba en brazos de su halago...  
En un instante el cieno del torrente  
enturbó los cristales de ese lago.  
Paz de la vida, honor de los Monteros,  
¿conque andábais restregados por el lodo?  
Si con sangre se lavan desafueros  
yo la hallaré para lavarlos todo.  
¿Qué es esta fiebre ardiente que me asalta?  
¿Qué este frenesí que me devora?  
Que el corazón ingrato que me falta  
es á mi vida necesario ahora.  
Yo quisiera inventar algún tormento,  
agudo como el dardo que ella vibra,  
que secára del alma el sentimiento  
rompiendo el corazón fibra por fibra.  
Ofrecerle una vida de ternura,  
llevarle hasta el umbral del paraíso,  
dejarle ver un cielo de ventura,  
y hundirla en el infierno de improviso.  
Enrique, vuelve en tí, cobra tu calma:  
¿estás celoso tú? Lo estás, Montero;  
y con la hiel que hoy sobra de tu alma  
hay para envenenar al mundo entero.  
Y me es preciso refrenarme ahora  
para que no se ria algún menguado...

(En el momento de dirigirse á la puerta interior  
sale Lola suspirando.)

LOLA. Enrique, oid.

MARQ. (Empujándola con violencia.)

Quitad... ¡Maldita hora  
que mi nombre y honor os he fiado!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

El teatro representa el cuarto de la posada en que habita  
D. Diego.

### ESCENA PRIMERA.

JUAN y D. DIEGO; de pie en medio de la escena, contemplando fijamente á su amo, quien sentado junto á una mesa acaba de cerrar un pliego.

JUAN. (Ap.) ¡Cuán pálido y demudado se encuentra! ¡Si en este lance le sucediera un percance!...  
¡Tengo el corazon helado!

DIEGO. (Levantándose y dándole un pliego.)  
Toma, Juan, amigo fiel;  
si á las ocho no he venido,  
abre este pliego, y cumplido  
deja cuanto mando en él.

JUAN. ¿Os asalta algun temor,  
don Diego?

DIEGO. ¡Temor! no á fé.  
Á tal situacion llegué  
que el morir fuera un favor.

- JUAN. No digais tal. ¿Quién iguala  
vuestra destreza en el duelo?  
Si vos derribais al vuelo  
las golondrinas con bala.  
Ya que es fuerza, satisfecho  
dejad á ese camarada.  
Si quiere batirse á espada,  
le hundís la punta en el pecho.
- DIEGO. Juan, no abrigues pena alguna  
por ese mal que presientes,  
pues son harto consecuentes  
la desgracia y la fortuna.  
Siendo feliz mi destino  
la muerte me lo truncara;  
mas hoy que lo deseara  
no la ballaré en mi camino.
- JUAN. No, pues si en esta ocasion  
os lastimáran, de fijo  
que aunque fuera mi propio hijo  
le partiera el corazon.  
Pero cá... venceis sin duda:  
con vuestro brazo batalla  
vuestro corazon de malla,  
y Dios que va en vuestra ayuda.  
Ó soy un solemne bolo,  
ó le despachais. (A p.) ¡Me dan  
congojas de muerte!
- DIEGO. ;Juan!  
déjame; quiero estar solo.

## ESCENA II.

D. DIEGO, solo.

Da una vuelta por la escena, sumamente ensimismado, y  
luego se sienta en una silla al lado de la mesa.

¡Cuánta mudanza en un día!  
Ayer iba al paraíso,  
y naufragó de improviso  
toda la esperanza mia.  
¡Más valiera que al venir

me hubiera tragado el mar!  
Yo vine á Europa á gozar,  
y habré venido á morir.  
Y morir sin el placer  
de vengarme? ¿Mas de quién?  
Si fuera un hombre, está bien;  
pero una débil mujer...  
Y el mundo sin compasion,  
me dirá: «goza y olvida:»  
sin mirar que en la partida  
he perdido el corazon.  
¿Y cómo puedo olvidar?  
Es lo mismo que pedir  
que olvide el pulso el latir  
y el pensamiento el pensar.  
Y si de pena cubierto,  
al fin sucumbo cansado,  
moriré sin ser llorado  
como un lobo en un desierto.  
Yo, que en la mujer creí  
y en el amor esperé,  
¿dónde encontraré la fé?  
¡Pobre insensato de mí!  
Y cuando esa mujer vea  
que mi existencia apagó,  
y mi cráneo se secó  
con el calor de una idea;  
y que, en desesperacion,  
cansado ya de sufrir,  
la violencia del latir  
reventó mi corazon;  
¿qué premio habré conseguido  
en pago de esta agonía?  
¡Hasta la existencia mia  
será un recuerdo perdido!  
Y hasta que la sepultura  
apague esta horrible guerra,  
sigue pisando esa tierra  
empapada en amargura.  
Si la existencia es un bien,  
busquemos compensacion  
de esta funesta pasion...

¿Quién puede dármela, quién?  
Para borrar esta huella  
es preciso que el vacío  
llene otro objeto. ¡Dios mio!  
¡Si no cabe aquí más que ella! (Pausa.)  
Cuando la vida se acaba  
tambien se acaba el afan,  
y entónces de este volcan  
será ceniza la lava;  
y nada quedará en mí;  
sólo el alma irá volando,  
mejor espacio buscando,  
do no engañen como aquí.  
Y sin llanto ni querella  
¿vivirá entónces? ¡Mentira!  
si el alma mia respira  
respirará para ella.  
¿Quién dijera, Dios piadoso,  
que este inmenso amor á Lola  
me ofrecía una pistola  
por llave de mi reposo?  
¡Miserable condicion!  
Y en tan agudo tormento,  
es suyo mi pensamiento,  
es suyo mi corazon!  
Dios mio, tu nombre invoco  
con el alma dolorida;  
es un infierno mi vida,  
ten piedad de un pobre loco!  
(Deja caer la cabeza sobre las manos.)

### ESCENA III.

EL CAPITAN y D. DIEGO.

CAPITAN. ¡Mucho se madruga, amigo!

DIEGO. ¡Hola! ¿Sois vos, Capitan?

CAPITAN. Mala noche habeis pasado,  
don Diego; pálido estais.

DIEGO. Este clima me trastorna.

CAPITAN. ¿No es más que eso?

DIEGO. Nada más.

- CAPITAN. Ahora salto de abordo,  
y me han venido á avisar  
que una fragata de guerra  
á salir próxima está  
para el rio de la Plata.  
Si algo teneis que mandar,  
el capitan es amigo  
y contento os servirá.
- DIEGO. Capitan, decid que cuente  
con un pasajero más.
- CAPITAN. No quedará descontento  
si es amigo vuestro.
- DIEGO. Es Juan,  
cuyos buenos sentimientos  
es tiempo ya de premiar,  
y á quien creo que ya es hora  
de dejar en libertad  
para que al lado de su hijo  
vaya tranquilo á espirar.
- CAPITAN. ¡Bravo, corazon hidalgo!  
¡Qué contento va á estar Juan!
- DIEGO. Al que vela vuestro sueño,  
que llora cuando llorais,  
que os ama con toda el alma,  
¿qué ménos le podeis dar?
- CAPITAN. ¡Feliz vos, que en torno vuestro  
sembrais la felicidad!  
¿Qué corazon en la tierra  
vuestra alma no ha de envidiar?  
Faltára la Providencia  
si aquella á quien vos amais  
no bordára vuestros dias  
de cariño y lealtad.  
¡Ah! vereis con qué placer  
las horas resbalarán  
para vos sobre la tierra!  
¡Debeis ser feliz!
- DIEGO. ¡Cabal!  
Cuando uno se encuentra, así,  
tan afortunado, y tan...  
de la dicha que le sobra  
debe dar á los demás.

- Y qué tal vuestros amores?
- CAPITAN. ¡Ay, amigo mio, mal!  
Ya os dije que era mi amada  
hija de noble solar,  
y yo sólo cuento, amigo,  
con mi carrera y no más.
- DIEGO. Pero teneis corazon.
- CAPITAN. Con él me lancé á la mar  
á luchar desesperado,  
y su elemento voraz  
contemplando cara á cara,  
he dicho á la tempestad  
que me ha de abrir ancha tumba  
ó riqueza me ha de dar.
- DIEGO. ¿Y ella os corresponde bien?
- CAPITAN. Con cariño celestial:  
y como ser pronto espero  
capitan en propiedad,  
dentro de dos años calculo  
poderla mia llamar.
- DIEGO. ¿No habeis amado más que á ella?
- CAPITAN. Á ella, don Diego, y no más.  
Y si su amor me faltára  
no creo volviere á amar.  
Cuando en medio del Oceano  
arreciaba el huracan,  
y como corcho ligero  
hacia el buque flotar,  
empujándole á las nubes,  
ó en rauda velocidad  
descendiendo como un cuerpo  
que va su centro á buscar;  
cuando amarrado á la caña,  
dando proa al vendabal,  
sintiendo crugir los mástiles,  
suelta mi melena atrás,  
á merced de la borrasca,  
me váis luchar audaz  
contra el inmenso gigante  
que se afana en remedar  
con sus salvajes mugidos  
la voz de la eternidad:

entre las saladas olas,  
entre las algas del mar  
venir sentía el aroma  
de su aroma celestial,  
y jamás con su recuerdo  
me impuso la tempestad.

DIEGO. ¡Bien, capitán! Hoy comprendo

que merecis mi amistad.

CAPITAN. Con la mía, á todo trapo,  
sabeis que podeis contar.

DIEGO. Me dijisteis que en América  
vuestro padre, al espirar,  
dejó un crédito pendiente...

CAPITAN. ¡Toma! ¿quién se acuerda ya?

DIEGO. Contra la casa quebrada  
de don Pedro Sandoval.

CAPITAN. Sí: pero ese crédito era  
cosa de poco entidad.

DIEGO. ¿Quereis venderme ese crédito  
al contado?

CAPITAN. ¿Os chanceais?

DIEGO. No, á fe mía, que en él pienso  
cientos por ciento ganar;  
os ofrezco diez mil duros.

CAPITAN. Si no asciende á la mitad...

DIEGO. Tanto mejor para vos.

CAPITAN. Corriente, como querais;  
pero yo creo, don Diego,  
vuestra idea adivinar;

y no quiero que gravosa

pueda seros mi amistad.

Vos me ofreceis la fortuna

y yo la quiero ganar;

agradezco con el alma

el beneficio.

DIEGO.

No es tal:

es una especulación

que podreis ó no aceptar,

y os lo propongo, porque

me tiene cuenta y no más.

¿Quereis que fuese tan loco

que tirára mi caudal

sin ton ni son? Por mi vida,  
muy pródigo me juzgais.  
CAPITAN. Enhorabuena, don Diego:  
si me decís la verdad  
acepto vuestra propuesta;  
pero si vos me engañais,  
con vuestra noble mentira  
haceis mi felicidad.

DIEGO. ¿Cuándo quereis el traspaso?  
Tan pronto como podais;  
y Juan en letras corrientes  
la suma os entregará.  
(Váse el Capitan.)  
¿Por qué ha de tardar dos años,  
si ántes del plazo, quizás,  
un desengaño pudiera  
su existencia envenenar?

#### ESCENA IV.

D. DIEGO y JUAN.

JUAN. Señor, ¿quereis darme audiencia?  
DIEGO. Vamos, ¿qué quieres?

JUAN. Yo quiero  
muchas cosas. Lo primero  
estar en vuestra presencia;  
luégo que hagais el favor  
de decirme á mí el por qué  
os batís.

DIEGO. Juan, déjame:  
porque estoy de mal humor.

JUAN. Es que no hay paz para mí  
cuando no la hay para vos.

DIEGO. Bien, hombre; vete con Dios!

JUAN. ¿Sí? Pues no me voy de aquí.

DIEGO. Atrevido.

JUAN. (¡Ay, qué apurós!)

DIEGO. Sal al punto. (Juan se va llorando.)

Espera, Juan:  
cuando vuelva el Capitan,

le entregarás diez mil duros.  
Mira, dentro de este pliego  
va mi fortuna, y que sea  
tuya deseo.

JUAN. (Ap.) ¡Qué idea!  
¿Y qué más quereis, don Diego?

DIEGO. Que á América partas hoy,  
porque me conviene así,  
y cuando llegues allí  
serás muy rico.

JUAN. No voy.  
Que penseis es menester  
que uno se va haciendo viejo:  
¿no veis, señor, que si os dejo  
quizás ya no os vuelva á ver?

DIEGO. Es que tomé yo el pasaje  
para tí.

JUAN. Como querais;  
aun cuando me despidais  
no me pongo hoy en viaje.

DIEGO. ¿Sabes que tengo ya anteojos  
de echarte?

JUAN. (Con grave intencion.) ¡Conversacion!  
Si yo os leo la intencion  
en lo blanco de los ojos.  
Vos me quereis engañar  
porque soy un pobre diablo;  
pero de veras os hablo,  
hoy mismo me arrojo al mar  
si me dejais.

DIEGO. ¿Y los lazos  
que debes á mi favor?

JUAN. Pero si vos... ¡Ah señor!...

(Prorumpo en llanto.)  
DIEGO. Ven acá, dame los brazos.

JUAN. Estais bebiendo la copa  
de la hiel por culpa de otros.  
Vámonos, para nosotros  
es el infierno la Europa.

DIEGO. Imposible.

JUAN. No por cierto.  
Procurad rasgar la venda.

- DIEGO. Cualquier camino que emprenda  
me conducirá á un desierto.
- JUAN. Entónces me quedaré;  
vuestro paso he de seguir,  
y si ese hombre os llega á herir,  
juro que le mataré.
- DIEGO. ¡Ay de tí, Juan, hay de tí  
si nutres tal pensamiento!  
¡Maldijera yo el momento  
que tus cadenas rompí!
- JUAN. Le respetaré, señor!
- DIEGO. No harás más que tu deber,  
á ménos que quieras ser  
indigno de mi favor.
- JUAN. ¡Ah, no! porque si algun dia  
me falta vuestra presencia,  
sabreis que vuestra existencia  
era el jugo de la mia.
- DIEGO. Á males que el cielo da  
se ha de inclinar la cerviz.  
Juan, tú puedes ser feliz,  
yo no puedo serlo ya. (Váse.)

### ESCENA V.

JUAN, solo.

¡Qué pago á su amor, qué pago!  
Pero quién diablos creyera  
que el amor hacer pudiera  
en un alma tal estrago?  
No comprendo, no transijo,  
cómo viéndome tan fiel...  
Yo que teniéndole á él  
ya no me acuerdo de mi hijo:  
yo, que tengo el alma llena  
de este cariño entrañable,  
y no puedo, miserable,  
ni hacerle olvidar su pena.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS y JUAN.

MARQ. ¿Don Diego?  
JUAN. En su cuarto está.  
MARQ. Anda y dile que le espero.  
JUAN. ¿Y quién diré?  
MARQ. Un caballero.  
JUAN. (Ap.) (Algun demonio será.)  
MARQ. ¿No vas?  
JUAN. Ya voy.  
MARQ. Pues qué dudas?  
JUAN. Tenga un poco de paciencia.  
MARQ. Dí que es asunto de urgencia.  
JUAN. (Ap.) (Este debe ser el Judas.)

ESCENA VII.

D. DIEGO y el MARQUÉS.

DIEGO. ¿Vos aquí, Marqués?  
MARQ. Advierto  
que os sorprende mi visita:  
quedamos para una cita,  
y ya es hora.  
DIEGO. (Sacando el reloj.) No por cierto:  
si adelantarla pensais,  
no hallo en ello inconveniente.  
MARQ. ¿Teneis mi daño presente,  
y de mi prisa dudais?  
DIEGO. No os ofusqueis, pese á tal;  
yo arriesgar la vida puedo,  
y si al náufrago la cedo  
no se la cedo al rival.  
MARQ. Yo cuento con vos, don Diego,  
para matar ó morir.  
DIEGO. Si vos no os podeis batir.  
MARQ. ¿Por qué no?  
DIEGO. Porque estais ciego.  
Teneis celos, vive Dios,

y á fe mia, yo no sé  
de qué los teneis.

MARQ.

¿De qué?

De que os ama sólo á vos:  
de que un llanto sorprendí  
que el alma mia halagaba,  
y la pérfida lloraba,  
y no lloraba por mí.

De que mi alma se exalta  
en frenética ambicion;  
porque quiero un corazon,  
y ese corazon me falta.

De que esa mujer querida,  
cuyo amor me desespera,  
cuando la tuve nada era;  
y hoy que la pierdo, es mi vida.

De que en medio del furor  
que ha ahogado mi esperanza,  
no acierto á encontrar venganza  
tan grande como mi amor.

De que el cielo os arrojó  
entre nuestras almas juntas  
como un puñal de dos puntas  
que estais entre Lola y yo.

DIEGO.

Marqués, por vuestro camino  
me obligásteis á pasar.

¿Por qué si quereis luchar  
no luchais con el destino?  
¿Si es adversa vuestra estrella,  
es acaso culpa mia?

Vos no sabeis todavía  
lo que yo sufro por ella.

MARQ.

¿De veras? Feliz me siento:  
no es mi suerte tan cruel,  
al saborear la hiel  
que rebosa vuestro acento.

¡Cuál me halaga ese furor  
que en la venganza os empeña!

DIEGO.

Teneis el alma pequeña  
para comprender mi amor.  
Cuando por ella he vivido,  
amándola tanto y tanto,

¿creeis que me halaga el llanto  
de la mujer que he querido?  
Y hoy, que la desgracia agota  
su hiel en ella afligida,  
diera con placer la vida  
para ahorrarle una gota.

MARQ. Bien puede el favorecido  
ser generoso cual vos.

DIEGO. Marqués, no arrastreis, por Dios,  
la dignidad de marido;  
ni me pongais en aprieto,  
porque os juro por mi fe  
que ni de vos sufriré  
que le falteis al respeto.

MARQ. Don Diego, así os quiero ver,  
y ahorremos digresiones.

DIEGO. Marqués, vos juzgais pasiones  
que no podeis comprender.

MARQ. Vamos pues.

DIEGO. Será mejor,  
ya que en ello os empeñais:  
mas ved cómo la tratais.

MARQ. Es mi mujer.

DIEGO. (Ap.) (Es mi amor);  
pero este amor que os revelo,  
que hondo aquí dentro se encierra,  
irá sin tocar la tierra  
de mi corazón al cielo.  
Partamos.

MARQ. (Ap.) (¿Qué hay en su acento  
que así domina mi brío?  
¿cabe en un hombre, Dios mio,  
tan inmenso sentimiento?)  
Oid, don Diego: un camino  
seguimos por nuestro mal,  
en que somos cada cual  
la barrera del destino.  
Un sentimiento profundo  
á mí me impele y á vos;  
ya veis que uno de los dos  
está de más en el mundo:  
para forzar la barrera

- se debe abrir una tumba,  
y despues que uno sucumba  
haga el otro lo que quiera.
- DIEGO. (Ap.) (Tambien es él desgraciado.)  
¿Y por qué os quereis batir?
- MARQ. Porque vale más morir  
que vivir desesperado.
- DIEGO. (Ap.) (Mi vida le abandonára  
si la paz le devolviera.)  
Aún sereis feliz.
- MARQ. Quimera:  
hay ya un mar que nos separa.
- DIEGO. Conque persistís, Montero,  
en obligarme á batir?
- MARQ. Quiero matar ó morir,  
y no sé lo que prefiero.
- DIEGO. Lo siento por vos, amigo,  
y de mala gana voy;  
puedo aseguraros que hoy  
la fortuna va conmigo.

### ESCENA VIII.

JUAN solo, viendo salir á DIEGO.

Se va, Dios mio, se va  
y no quiere que le siga.  
¡Ay! ¡El cielo le bendiga!  
Dios sabe si volverá.  
Si de un alma agradecida  
llega la plegaria al cielo,  
protegedle en ese duelo  
tomando en cambio mi vida.  
Y aunque pida un disparte,  
¡Dios mio, oid mi oracion;  
que no tenga compasion,  
que le mate... que le mate!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Salon de la Marquesa, con ventanas á la izquierda. Esta aparece vestida de bata blanca, en completo negligé, profundamente abatida, sentada en un sillón, y apoyando el codo en una mesa.

### ESCENA PRIMERA.

JUANA y LOLA.

JUANA. (Ap.) ¡Cuán profunda es la amargura del dolor que la amilana!

¿Quereis algo?

LOLA. Gracias, Juana.

Me abrasa la calentura;  
resignada ya mi suerte,  
pronto acabará el sufrir;  
el dolor me hará morir  
si el Marqués no me da muerte.  
Si Enrique de una estocada  
mata á Diego en sus enojos,  
seré de Enrique á los ojos  
una mujer deshonrada;  
y del generoso Diego

la noble sangre vertida  
irá quemando mi vida  
como un bautismo de fuego;  
y si sucumbe el Marqués...  
¡Ay! mi corazón desmaya;  
por donde quiera que vaya,  
veré su sombra á mis piés.  
Madre del Hijo de Dios,  
Madre también sin ventura,  
socorred á esta criatura  
sin más amparo que vos.  
Fuente de paz y consuelo,  
doleos de mi quebranto,  
y empapada con mi llanto  
suba mi plegaria al cielo.  
Me siento con más ahinco.  
Cuéntame, Juana: ¿á qué hora  
salió Enrique?

JUANA. Mi señora,  
á poco más de las cinco.

LOLA. ¿Con sus armas?

JUANA. Sí, señora,  
las metió dentro del coche,  
y estuvo escribiendo anoche  
en su cuarto hasta deshora.

LOLA. ¿Qué hora es?

JUANA. Cerca las nueve.

LOLA. Ese reloj me asesina  
con la frialdad paulatina  
con que la péndola mueve.  
(Se oye el ruido de un coche.)

JUANA. Señora, abajo en la entrada  
paró el coche del Marqués.

LOLA. Anda, vé y mira quién es.  
No... no me digas nada.

ESCENA II.

LA MARQUESA y el MARQUÉS.

Entra el Marqués pálido; floja la corbata y con un papel en la mano. En el momento de entrar hace seña á Juana para que despeje.

MARQ. Las particiones, Marquesa,  
os dejo en este papel,  
y parto.

LOLA. ¡Ay, Dios! Cuánta hiel  
sobre mi destino pesa! (Llorando.)  
Ya que me dejais así,  
decidme... en el desafío...  
¿murió?

MARQ. No.

LOLA. Gracias, Dios mio;  
no caiga su sangre en mí.

MARQ. Me ha vencido y me ha humillado;  
se batió impasible y seco,  
y cual si fuera un muñeco  
dos veces me ha desarmado.  
Me cansé de suplicar  
que atravesára mi pecho,  
y hasta la afrenta me ha hecho  
de no quererme matar.  
Yo que anhelaba su muerte  
á todo trance, ó la mía,  
le propuse si quería  
jugar la vida á la suerte.  
«Con una condicion sola  
»os acepto la partida,  
»dijo: si os gano la vida  
»partireis lejos de Lola...»  
—Eso sin duda será  
para seguir vos su huella...  
—«Si yo la quisiera á ella  
»¿no os hubiera muerto ya?  
»Hoy seriais inhumano,  
»y no puedo tolerar,

»que nadie la haga llorar  
»mientras vida haya en mi mano.

»¿Acomoda el pacto?— Sí:»

el dado cogí y tiré;

hice cinco, respiré;

y de horror me estremecí.

Con buen punto perdereis,

me eontestó friamente:

cogió el dado indiferente,

tiró al azar... hizo seis!

»Gané, dijo, y á marchar

»vais pronto lejos de Lola:

»dejadla algun tiempo sola

»que pueda libre llorar.»

La deuda que he contraido,

le dije, os será pagada.

«Ved que no os exijo nada

»y podeis darla al olvido.

»Comprendo esa alma sentida,

»y os juro que me pesára

»que vuestra sangre amargára

»lo que me queda de vida:

»y á quien vuestra esposa ha sido

»no le dejeis por herencia

»que destruce su conciencia

»la muerte de su marido.»

LOLA. Pluguiera á Dios que viniera  
y la vida me arrancára.

Si ese hombre me asesinára

¡ay! ménos daño me hiciera.

MARQ. Bajo estrella de bonanza  
habeis nacido, señora,  
pues ni aun me queda ahora  
el placer de la venganza.

LOLA. Siento que el enojo ceje  
si culpable me juzgais;  
cumplidla como querais,  
y no temais que me queje.

MARQ. La suerte no lo ha querido:  
yo respetaros juré,  
y cuando empeño mi fé,  
que nací noble no olvido.

- Más vale así, pues por Dios,  
que se han de reir de mí  
al saber que me batí  
por una mujer cual vos.
- LOLA. (Levantándose con dignidad.)  
Ya que son de vos ajenos  
sentimientos de ternura,  
si insultais mi desventura  
no me rebajeis al ménos.  
Hacer del sarcasmo alarde  
con tal débil enemigo,  
perdonad, Marqués, si os digo  
que es una accion de cobarde.
- MARQ. (Con ironía.)  
Sin pensar os ofendí;  
mas no acierto á adivinar  
cómo se os ha de tratar.  
¿No os trataba Diego así?
- LOLA. Desgarrar con tanta saña  
no sabe hacerlo, Marqués:  
aquella alma noble no es  
capaz de tan vil hazaña.  
Y al comparar á los dos,  
vos mismo me habeis probado,  
que el hombre que os ha humillado  
vale mucho más que vos.
- MARQ. Creí que el ser vuestro esposo  
la queja me permitía...  
Ménos sensible os creía...
- LOLA. Y yo á vos más generoso:  
si ántes del duelo ó despues,  
creyendo que os he faltado,  
me hubiérais asesinado,  
os perdonára, Marqués.  
Yo vuestro golpe mortal  
esperaría sin duelos,  
porque vería los celos  
en la punta del puñal.  
Pero perdonaros yo  
cuando mi honra esarneceis!...  
Matar me, Enrique, podreis,  
pero deshonorarme, no.

- MARQ. (Ap.) ¡Ah! no es culpable, no lo es  
quien así en su honor adora.)  
Me alejo de vos, señora!
- LOLA. El cielo os guie, Marqués.
- MARQ. Él también á vos os guarde,  
y que olvideis, Lola, os pido,  
lo mal que os he comprendido.
- LOLA. Lo habeis conocido tarde.

### ESCENA III.

LOLA, sola.

¡Qué pobre y que mezquino se ha mostrado!  
Mi alma hirió con un botón de fuego,  
cuando su corazón ha colocado  
junto al gigante corazón de Diego.  
Alma de hiena, que tan sólo intenta  
su víctima roer crudo y rehacio,  
mientras el otro en su amargura ostenta  
un alma más inmensa que el espacio.  
¿Qué valgo yo, desconocida fuente,  
que sólo vierte el agua gota á gota,  
ante el ancho raudal de aquel torrente,  
que me anonada en su grandeza ignota?  
Tienda do quiera el alma mia el vuelo,  
allí su genio colosal asoma;  
árbol que toca con su copa al cielo  
y llena al mundo de su inmenso aroma.  
¡Y él fué á jugar su corazón sereno,  
impávido, al azar de una pistola,  
un corazón donde vertió el veneno  
la imperdonable ingratitud de Lola!  
Y sin cuidar del plomo que se lo abra,  
la idea de mis lágrimas le arredra:  
si no morí al oír esa palabra  
debo tener el corazón de piedra.

ESCENA IV. †

LOLA y una CRIADA.

CRIADA. Señora, ¿si dais licencia?

LOLA. ¿Qué quereis?

CRIADA. El negro Juan  
pidiendo está con afan  
llegar á vuestra presencia:  
dice que trae una carta  
y una caja para vos.

LOLA. Que pase adelante... ¡ay, Dios!  
si será que Diego parta.

ESCENA V.

JUAN y LOLA. El primero trae una caja y una carta, que sacará del bolsillo; y colocando la caja sobre la mesa, entrega aquella á la Marquesa.

LOLA. ¿Quedó Diego en la posada?

JUAN. (Conmovido.)

Me mandó cerrar el pico:  
y así, señora, os suplico  
que no me preguntéis nada.  
«Anda, dijo, este recado  
á la Marquesa á llevar.»

—Señor, ¿me han de contestar?

—«No, que está ya contestado.»

Vine volando al momento:  
me encargó ser muy conciso;  
y así, con vuestro permiso,  
lo traigo, cumplo y me ausento.

LOLA. (Deteniéndole.)

Si alguno matára á tu amo  
á traicion y sangre fria,  
¿qué hicieras?

JUAN. Le mataría.

LOLA. Pues tu venganza reclamo.

Yo le he sido desleal:  
yo he tronchado su esperanza.

- JUAN.    Á vos, señora, no alcanza  
          mi lazo, ni mi puñal.  
          Si habeis cubierto de duelo  
          un corazon que os adora,  
          del mal que hicisteis, señora,  
          cuenta le dareis al cielo.  
          Yo soy al amo muy fiel:  
          le sirvo como él merece:  
          aborrezco, si aborrece,  
          y adoro lo que adora él.  
          No me habria de mandar  
          si él quisiera ver si mato;  
          á perro de buen olfato  
          le sobra con señalar.
- LOLA.    Si es que una gracia merezca  
          quien tan mal le ha comprendido,  
          un postrer favor le pido:  
          dile que no me aborrezca.  
          Que nada me queda ya;  
          y cuando él quiera que muera,  
          cuanto más hondo me hiera  
          más mi gratitud será.  
          Que por compasion le pido  
          se vengue de cualquier modo;  
          me resigno á todo, á todo,  
          á todo, mas no á su olvido. (Váse Juan.)

### ESCENA VI.

LOLA, sola.

Me conmueve el hablar de él  
y estremecida me quedo:  
no sé por qué, tengo miedo  
de leer este papel.  
Acabemos; hoy se agota  
el cáliz, á no dudarlo:  
corazon, has de apurarlo  
hasta la postrera gota. (Coge la carta y lee.)  
«Querrá el cielo que el alma dolorida  
del mártir y olvidado peregrino  
la senda apure de la triste vida

»sin ángel que la guie en su camino?  
»Cuanto del porvenir mi vista alcanza  
»sin color y sin luz mirando quedo:  
»desde que ha muerto el sol de la esperanza  
»mi pobre corazón dice ¡no puedo!  
»En los bosques de América, de aloe  
»una caja me dieron, os la envió;  
»es de un tronco que el tiempo no corroe,  
»emblema fiel del pensamiento mio;  
»guarda una flor que vuestra mano bella  
»puso en las mias en dichoso día;  
»y atrás perdida, en lejana huella,  
»van su perfume y la esperanza mia.  
»Si vuestra mano trémulada y helada,  
»tiembla al abrirla, de pavor transida,  
»no lo extrañéis, será mi fé guardada  
»que acusa muda vuestra fé perdida.  
»El brazo desarmé de vuestro esposo,  
»porque quizás os creyera mancillada:  
»también os ama; al conyugal reposo  
»sobra una vida de vivir cansada.  
»Desde el postrar confin á vos, querida,  
»se vuelve el alma en amoroso anhelo;  
»y entera y satisfecha en la partida  
»va á presentarse con su amor al cielo.»  
¡Dios mio! ¡Dios de Israel!  
Tú que amparas á los buenos,  
detenle un momento al menos  
para que muera con él.

(Se dirige á la puerta para salir y oye la voz del Marqués.)

MARQ. (Desde dentro.)  
Lola, Lola.

## ESCENA VII.

EL MARQUÉS y LOLA.

LOLA. Es el Marqués.  
Dios eterno, ¿á qué vendrá?  
MARQ. Perdonadme, esposa, ya  
volver puedo á vuestros piés.

LOLA. (Con desesperada ansiedad.)

¿Qué quereis?

MARQ.

Para la mar

salía con mi dolor.

lleno el corazón de amor  
vuestro acento al escuchar.

Al muelle apenas salí,  
cuando ví temblando á Juan,  
lleno de angustia y de afán  
venirse corriendo á mí:

¿Qué hay? dije.—«Prestadme ayuda:

»el amo me ha despedido,

»y mirad, me ha enriquecido.

»¡Ay! ¡se va á matar sin duda!»

Á su cuarto corrí al punto,  
y hallé á don Diego escribiendo,  
las lágrimas comprimiendo,  
pálido como un difunto.

Al verme, tomó cortés

su natural desenfado,

y me dijo con agrado:

«¡Hola! ¿á qué venís, Marqués?»

No sabiendo qué decir

á tan natural salida,

dije que á mi despedida,

pues iba luego á partir.

«También yo dentro muy poco.»

¿Quereis que salgamos juntos?

—«Vamos á distintos puntos,

»y mi viaje es el de un loco.»

Me estremeció, Lola mía,

aquella frente angustiada,

porque había en su mirada

un presagio de agonía.

Pues bien: una gracia sola

pediros ántes quisiera,

dije: por la vez postrera

os habla, llorando, Lola.

y ahogado del sentimiento

y arrasadas las mejillas,

¡ay! le rogué de rodillas,

y el cielo inspiró mi acento.

Con al alma enternecida  
ante ese gran corazon,  
yo os pido vuestro perdon:  
Lola os pide vuestra vida.

(Expansion de esperenza en Lola.)

No pude acabar... en cuanto  
mis palabras fenecieron  
sus ojos se convirtieron  
en dos raudales de llanto.  
«Marqués: hacedla dichosa  
»cuanto yo soy desgraciado,  
»y os juro que equivocado  
»juzgásteis á vuestra esposa.»  
Llamó á Juan, y á la fragata  
mandó llevar su equipaje,  
que va á emprender el viaje  
para el Rio de la Plata.

(Lola cae sin fuerzas en el sillón.)

Lola, muerta ya la ira,  
he inclinado mi cabeza  
ante su inmensa grandeza,  
que os lo confieso, me admira.  
Si en vuestro pecho, señora,  
hoy queda una amarga huella,  
sé que un alma como aquella  
quien la comprende, la llora.  
Perdonad á vuestro esposo  
si os desconoció un momento:  
no os comprendí; sólo siento  
que me venció generoso.  
Y si alcanzar no consigo  
vuestro amor, que vale tanto,  
de hoy más caerá vuestro llanto  
en los brazos de un amigo.

LOLA.

Hice bien, querida esposa?  
Sí, Enrique, esta sola accion

(Alargando la mano al Marqués.)  
os vuelve mi estimacion.

Teneis alma generosa.  
Mas si una lágrima mia  
veis que en la mejilla arde,  
cuando en alas de la tarde

se vaya alejando el día,  
para un alma lacerada  
pediré gracia á los cielos:  
Enrique, no tengais celos;  
es una deuda sagrada.

MARQ. Dad libre rienda al lamento,  
señora... yo no confundo  
los extravíos del mundo  
con un justo sentimiento:  
y esas lágrimas de duelo  
no las tengais comprimidas;  
yo sé, Lola, que hay heridas  
que sólo las cura el cielo.

LOLA. Enrique, yo no os creía  
tan bueno.

MARQ. Basta, señora,  
Dejad que concluya ahora,  
pues hice más todavía;  
y fué el rogarle por vos,  
que ántes nos viniera á ver,  
para tener el placer  
de darle el último adios.  
Y venir me prometió.

LOLA. (Con ansiedad.)  
¿Creeis que lo cumplirá?

MARQ. Sin duda; miradlo ya.  
(Volviéndose hácia la puerta.)

LOLA. Dios mi plegaria acogió.

### ESCENA VIII.

DICHOS y D. DIEGO, sumamente desfigurado.

DIEGO. Señora, pronto á partir  
para climas muy distantes,  
he querido venir ántes  
vuestro adios á recibir.

LOLA. (Con ternura, procurando dominar el llanto.)  
Comprendo que hay corazones  
que laten, pero hechos trizas.  
¿Qué os queda á vos?

DIEGO. ¡Las cenizas

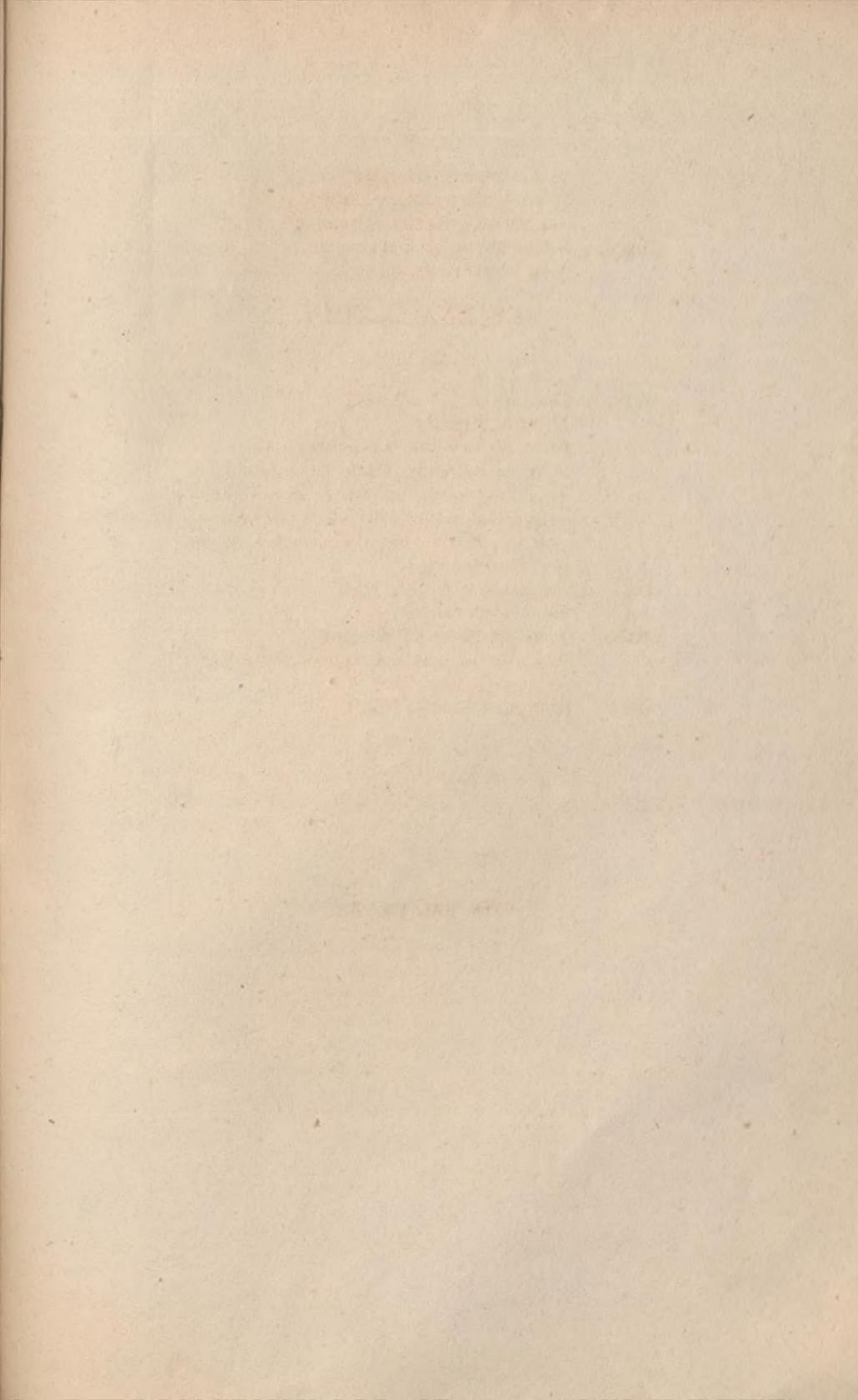
- LOLA. de mis muertas ilusiones!  
¿Y en dónde hallareis consuelo  
que endulce vuestra existencia?  
DIEGO. Solamente en mi conciencia  
y en la esperanza del cielo.

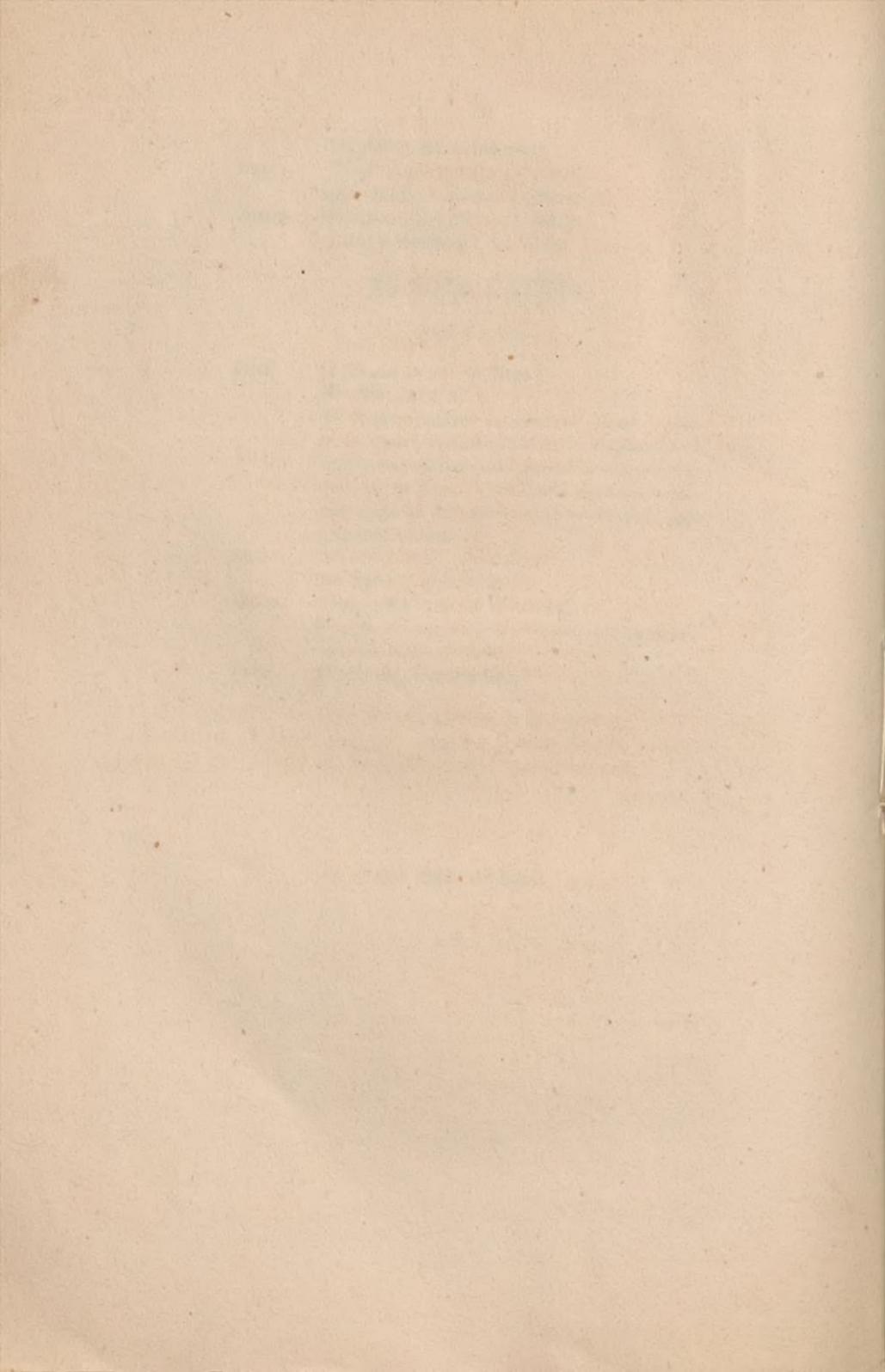
### ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y JUAN.

- JUAN. (Al llegar al lado de Diego.)  
Mi amo, zarpan.  
(D. Diego permanece un momento perplejo y alarga la mano izquierda á Lola. En el momento de estrecharla, vacilan sus fuerzas: se desprende y arroja en los brazos del Marqués, y tendiendo luego el brazo derecho sobre el hombro de Juan, parte precipitadamente.)  
LOLA. (Viéndole salir.) ¡La raiz  
me arranca del corazon!  
MARQ. ¡Qué grande es su afliccion!  
(Se oye un cañonazo y cae Lola de rodillas lavando las manos al cielo.)  
LOLA. ¡Dios mio, hacadle feliz!

FIN DEL DRAMA.





## ZARZUELAS.

Asort y aventura.....	1	E. Vidal.....	Libro.
De Barcelona al Parnás.....	1	Idem.....	Libro.
La ciegucecita.....	1	Sres. Moratilla y Andrey.	L. y M.
Las campanetas.....	1	D. E. Vidal.....	Libro.
Dos Milions.....	1	Idem.....	Libro.
Ni se empieza ni se acaba.....	1	Sres. Granés y Cereceda.	L. y M.
Por la tremenda.....	1	Salvador M. Granés..	Libro.
Una jaula de locos.....	1	D. M. Fdez. Caballero..	Música
Pot mes qui piula.....	1	E. Vidal.....	Libro.
Un pobre diable.....	1	Idem.....	Libro.
La criada.....	2	Idem.....	Libro.
La gran sastresa.....	2	Idem.....	L. y M.
La manescala.....	2	Idem.....	Libro.
La masovera.....	2	Idem.....	L. y M.
Lo somni d'aurat.....	2	Idem.....	Libro.
Los pajes del Rey.....	2	L. Mariano de Larra.	Libro.
El convidado de piedra.....	3	Sres. Castillo y Manent..	L. y M.
Blancos y azules.....	3	Ciern, Nogués y Cab. L.	y $\frac{1}{3}$ M.
El siglo que viene.....	3	D. M. Fdez. Caballero..	Música
El viaje a la luna.....	3	L. Mariano de Larra.	Libro.
La guardiola.....	3	E. Vidal.....	Libro.
Juan de Urbina.....	3	L. Mariano de Larra.	Libro.

NOTA.—Han dejado de pertenecer á esta Galería las obras de D. Luis Blanc, tituladas: *El proscrito*, *La pena capital*, *Bernardo el Calesero*, *El sorteo*, *La verdadera Carmañola*, *Los amigos de los pobres*, *Los aventureros* y *Romper cadenas*.

## PUNTOS DE VENTA.

---

### MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

### PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.